

LA LECTURA PARA TODOS.

— SEMANARIO ILUSTRADO. —

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28

Se suscribe en Madrid en la Administracion, librería extranjera y nacional de D. Carlos **Bally-Baillere**, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38



El guarda apercibió una hermosa joven cubierta con una cofia normanda. (Pág. 547, columna 1.ª)

EL SEÑOR PAINCUIIT

NOVELA ORIGINAL

DE MR. ASSARDON.

TRADUCIDA

POR D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 34).

Daniel bajó las escaleras con ligereza, atravesó el gran vestíbulo de la quinta y abrió la puerta del huerto para ganar el bosque. La borrasca había destrozado el jardín, y parecía que un bieldo de hierro había pasado por todo su circuito. El jardinero, con las manos metidas en los bolsillos, echaba una triste mirada por los cuadros de las coles y de las berzas, que la mayor

parte de ellas tenían las hojas en el suelo y las raíces al aire, como si fueran equilibristas. Los lomos en que estuviéron sembradas estaban cortados por profundos arroyos, y solo las hileras de los bojes antiguos habían podido resistir á la tormenta. El pobre diablo no sabía por donde principiar. Iba de un lado á otro, tan pronto cogiendo su azada como soltándola para recoger un fruto verde caído de un espaldado, ó para recoger una dalia ó un cajon de flores derribado. Daniel le dirigió al pasar algunas palabras de consuelo que el desgraciado no escuchó de pena que tenía. En el arbolado, el destrozado parecía aun mas considerable: los perales y los manzanos parecían que habían sido sacudidos, y sus frutos, diseminados, cubrían la húmeda yerba. Ramas monstruosas y medio desgajadas de su tronco se

inclinaban hácia el suelo mostrando sus recientes llagas, y dichos ramajes, cubiertos de hojas y cargados de frutos, interceptaban las calles, y Daniel, para no pasar por las alfalfas sumergidas, saltaba aquella especie de caballos de frisa mirando con tristeza la mutilacion de tantos árboles hermosos. Cuando llegó al fin del huerto, buscó en la cerca una pequeña puerta y un puente que debía atravesar para salir; mas todo había desaparecido, y solo encontró una zanja de diez y ocho piés de anchura que estaba llena de agua. Pero no, el huracan no lo había destrozado todo, pues apercibió á flor de agua uno de los maderos del puente que había resistido milagrosamente.

Daniel dudaba en pasar por aquella viga sin pulir, y redonda como el mástil de un barco,

—Sin balancin, se decía á sí mismo, sería peligroso pasar por aquí aun para un equilibrista.

Es verdad que divisaba al otro lado á un campesino, que á pesar de estar escardando patatas, lo seguía con el rabo del ojo; pero no quiso decirle que viniera en su ayuda ni preguntarle si la laguna tenía mucha profundidad.

—Parecería que estaba jugando al puente roto, dijo.

Y por lo tanto prefirió entrar en el cercado, en donde buscó una larga estaca, y con la ayuda de aquel apoyo franqueó el peligro diestramente, á pesar de sus altos tacones, que no se han inventado ciertamente para bailar en la cuerda floja. Por último llegó á la opuesta orilla con alegría, y se internó por un bosque de castaños, tomando la primera senda que encontró.

El terreno era áspero y arenoso, lo que no le impedía marchar ligera y sólidamente, porque la arena humedecida es casi tan dura como las piedras; y si se detenía de tiempo en tiempo, era para escuchar y observar con indecible alegría el agua límpida que resonaba, al deslizarse por los meandros que se habían abierto á favor de la tempestad, los musgos que reflejaban al través de los sotos como si fueran terciopelo, y los céspedes risueños; ó para admirar una pequeña avenida sinuosa y solitaria orlada de erguenes, con sus flores tan amarillas como si fueran botones de oro, que se asemejan á los guisantes por su graciosa forma, y con colores tan vivos, que ningun pincel puede imitar. El viento agitaba la verde bóveda de aquella sombría avenida; las flores y el ramaje se inundaban de luz, y la mirada se extendía por la esmaltada pradera que atravesaba el camino perdiéndose en aquella profunda soledad: luego, todo estaba tranquilo y sombrío. Ya el sol doraba con sus rayos de fuego las cimas de los gigantescos árboles, cuando Daniel, apresurando el paso, emprendió nuevamente su marcha, respirando un aire tibio y húmedo embalsamado con el aroma de los bosques.

Pobre parisiense, conocía que se embriagaba; pero aquella embriaguez era tan dulce, que estaba tan alegre y tan contento como un hombre que ha bebido algo más de lo acostumbrado. Llegó jadeando al fin de la cuesta, y entonces apercibió un valle encantador surcado por un ancho riachuelo que los habitantes del país debían darle el nombre de río. Al lado opuesto de la montaña que acababa de subir, el leñador había cortado y amontonado simétricamente toda la leña que había; pero aunque poeta, no fulminó Daniel muchas injurias contra el infame exterminador, porque un buen fuego cuando hace frío aduerme las desgracias del hombre. Además era muy friolero y tenía bastante cálculo, á pesar de su poesía, para saber que no se obtiene leña sin cortar los árboles, y pensó que si sus cohermanos, y sobre todo los economistas que tienen la cabeza llena de millones, se sublevaban contra dicha medida; era generalmente después de tener en sus cuevas el combustible bienhechor, y no cuando lo cortaban. El hacha había respetado algunos álamos blancos esparcidos felizmente aquí y allá, y su ramaje, de un verde gris, y sus nuevos retoños, ya crecidos, alegraban y ocultaban la desnudez del terreno. En cambio al otro lado del riachuelo, la falda de la

montaña que estaba enfrente, presentaba una sábana inmensa de ramaje, verdadero bosque que se extendía dulcemente en anfiteatro hasta llegar á las alturas. En su cúspide divisábase una carretera, oíase en lontananza el ruido de las pesadas carretas que pasaban lentamente por ella, y hasta se entreveía al través de la ondulante colgadura de los árboles, los bueyes y los carreteros, fieles imágenes de las piezas mecánicas del teatro de Serafín. De las húmedas hondonadas del valle, se elevaban poco á poco vapores nebulosos y blanquecinos, que se iluminaban al llegar á cierta altura, asemejándose á una gasa de oro interpuesta ante el sol poniente. El hermoso azul del firmamento había tomado un tinte verdoso, y algunas pequeñas nubecillas grises, jaspeadas de color de rosa, y que se asemejaban á esas cabezas de querubines alados que vemos en nuestros grabados religiosos, flotaban dulcemente en el aire. Ni un labrador se divisaba en los trozos de terreno cultivado, ni nada turbaba la soledad de aquel tranquilo valle, sino el son monótono del cencerro de alguna oveja que atravesaba por la espesura del bosque, ó el viento de la noche que principiaba á levantarse lentamente, llevando hasta el poeta la nota cadenciosa de una romanza que entonaba un pastor. Maravillado ante aquella perspectiva, quiso gozar cómodamente de ella, y buscó un sitio en donde sentarse.

No es fácil descansar aquí, reflexionó, viendo en torno suyo más ortigas que céspedes; sin embargo, encontró un claro cubierto de yerba, y se sentó; pero aun no se había dejado caer, cuando se levantó con presteza, pues aquel blando lecho de musgo estaba empapado en agua como si fuera una esponja. Para no caer en otro lazo igual, se colocó valerosamente sobre una roca cubierta de líquen, y extendido sobre la piedra como un cuerpo al que abandona la vida; y sintiendo que se apoderaba de su mente la fiebre poética, trató de rasgar esos hilos entretreídos con que el mundo oprime el pensamiento: porque bien lo sabéis, poeta; el fulgor de la poesía es fugaz como un relámpago.

Se adormeció, pues, en su dulce desvarío, y paseó su imaginación por los floridos senderos de los prados, buscando un rincón en la pendiente de un montecillo para edificar su nido, donde pudiera habitar con los que amaba en una casita tapizada de yedra, con su jardín, su corral y su establo, haciendo el heno en el verano, y en el otoño llevando sus manzanas al lagar; recogiendo también su leña para las veladas de invierno, ora conversando ó escribiendo, ¡y viva Dios y la dulce vida! Por la noche veía rodeada su mesa por los que amaba; su mirada no encontraba más que caras amigas: allí no habría viles parásitos que, midiendo vuestro apetito, esperan el fin de la cena para mendigaros un escudo. «¡Adios, París, te he dejado sin sentimiento, porque hé aquí el lugar donde voy á ser feliz, sin contar, como ayer, los días y las horas que me quedan de vida!»

No podemos decir cuánto tiempo hubiera estado tendido sobre la roca si la dureza del lecho no le hubiera lastimado los huesos. Enderezóse, pues, con trabajo, y bajándose las polainas y subiéndose los calcetines que le caían sobre los talones, dijo:

—Si mi primer asiento era muy blando, este es demasiado duro; indudablemente un diván ó una poltrona valen más que todos los céspedes de la tierra.

Iba ya á saltar una zanja que costeara una cerca que descendía hasta el arroyo, cuando oyó el chasquido del eslabon chocando contra la piedra, y en seguida llegó hasta él un fuerte olor á yesca quemada. Deseoso de saber lo que era, subióse sobre la roca para mirar por encima de la cerca, y apercibió al viejo guarda-bosque sentado cómodamente sobre la yerba, y apoyando la espalda contra una encina; lo que disgustó á nuestro poeta que tan mal se había encontrado en un asiento semejante. El Sr. Gay cuidaba al guarda campestre, que era una especie de esqueleto alto y amarillo, y más viejo que él. El antiguo dragon tenía ante sí el morral de su amo, del cual había sacado un gran pastel relleno con jamón y dos botellas de vino de Burdeos; ya estaba repleto y fumaba lentamente pavoneándose en la yerba, pero su amigo parecía que había conservado todo el apetito de su primera juventud, porque armado de su cuchillo, lo hundía vigorosamente en las entrañas del pastel. Parpailot, que es el perro que conocemos, estaba á una respetuosa distancia de su amo, sentado sobre sus ancas, con la cabeza levantada y siguiendo con sus ojos cada bocado que el guarda se llevaba á la boca, aspirando su olorillo al paso, y pasándose su lengua sonrosada por el hocico: hé aquí todo lo que el pobre animal, al cual se le podían contar las costillas, participaba de la comida. Por lo tanto sentía esos movimientos nerviosos que le aproximaban un tanto al objeto de sus deseos; pero como su vista estaba compartida entre el pastel y una gran estaca que el guarda tenía á su lado, Parpailot se contentaba con la esperanza.

—¿En dónde habeis dejado á Collinet, le preguntó Daniel cuando se cansó de mirar aquella escena?

—Señor, le contestó vivamente Gay levantando la cabeza y llevándose maquinalmente la mano á su tricordio; ¿preguntabais por Mr. Collinet?

—Sí.

—Pues lo he dejado en el arenal, en compañía del Sr. Clementi; hemos echado los hurones en una madriguera, y como no hace mucho he oído unos cuantos tiros, habrán muerto algunos conejos sin duda.

El guarda campestre seguía comiendo, y Gay acercándose á él y empujándole, le dijo:

—Levántate, Javelle; no es político lo que haces. Escusadlo, caballero, añadió dirigiéndose á Daniel, porque el pobre hombre se desayuna en estos campos más á menudo con lechugas que con pasteles.

—Muy bien; pero decidme qué historia es la de ese jabalí, que Collinet nos vino contando al castillo cuando trajo la liebre.

—Eso es otro negocio, repuso Gay mordiendo los labios; Mr. Collinet ha perdido la pista de un jabalí que habían levantado nuestros perros, y á fé que es un solitario de primer orden; pero á falta de jabalí, matará conejos. A las siete tengo orden de reunirme con esos señores en el molino; por lo tanto, si quereis bajar conmigo, estad seguro que recibiréis una buena acogida. La molinera es un poco chillona; pero en tratándola es

la mujer mejor del mundo; con que venid, y desde allí nos volveremos todos á la quinta y cenaremos.

—Pues vamos al molino, repuso el poeta: al menos encontraremos una silla y un jarro de cidra.

Mientras que Mr. Javelle colocaba las botellas en el morral, Parpillot se comió en dos dentelladas los restos del pastel y las mijas que habian quedado por el suelo; lo que le valió al mismo tiempo un tremendo puntapié de su amo, y otro no menos terrible del guarda campestre.

—¿Pero dónde está ese molino? dijo Daniel; por mas que miro no le veo.

—Al pié de la cuesta: si no lo veis es porque está oculto bajo esos grandes árboles: ¿no oís el tic tac de sus ruedas ahora que nos hemos aproximado algo mas? además, señor, cuando veais ante vos, en un rio como este, esas bandadas de patos nadando en pelotones cerrados, subiendo los unos y bajando los otros por la corriente del agua, como si fueran patrullas, estad seguro que no dista mucho un molino.

—Seguro estaba yo, dijo para sí Daniel, que las gentes de este país dirían que su arroyo es un rio.

—Ya había principiado á bajar con precaucion los desiguales escalones de una escalera de madera que conducia al puente de aquel edificio, cuando el guarda-bosque, que iba trás él, le tocó dulcemente en el hombro. Volvióse y vió á Gay que le hacia señas de que se callara y se acercase.

—¿Qué es lo que hay? le preguntó Daniel en voz baja.

El guarda levantó la mano en direccion de uno de los muros que rodeaban el molino, cuyo ángulo derecho se apoyaba en la cerca, y aperció una hermosa jóven cubierta con una cofia normalda. Esta, subida sobre una escala que estaba apoyada contra aquel muro, hablaba mano á mano con un hombre de cabeza enharinada. Era el hijo de la molinera que por su parte se habia subido tambien sobre otra escala, y los dos hablaban y jugaban, apoyados en el caballete de aquel muro, cubierto de ruibarbos, de iris y de verdolagas floridas.

Ambos amantes se creian al abrigo de las miradas curiosas bajo aquellos tilos, cuyo espeso ramaje se encorbaba sobre ellos como la colgadura de una cuna; y á pesar del ruido que hacian los ánsares y los patos, recreándose ante la rueda del molino, Daniel y el guarda oyeron el siguiente diálogo: no contando con el viejo guarda campestre llamado el padre Javelle, porque mas deseoso de conversar con las botellas que de enterarse de la conversacion amorosa, apuraba á pequeños tragos un poco de ron que quedaba en un frasco.

—Antonieta, no te he visto esta mañana; ¿en dónde has estado? decia el molinero pasando ligeramente por la cara y el cuello de la jóven un iris que acababa de coger sobre el muro.

—Mi madre se fué en casa de tu abuelo, y yo tuve que quedarme en la nuestra para cuidar á los niños y dar de comer á los mozos y á los carreteros, respondió ella estremeciéndose á la caricia de la flor.

—¡Ah! pues bien; si me quieres dar un abrazo, te diré por qué tu madre ha ido esta mañana á casa del padre Crétu.

—No quiero, ya me lo dirás sin dártelo.

El molinero soltó la flor, cogió á Antonieta y quiso abrazarla; pero la jóven le cogió por el cuello apretándole de tal manera, que el molinero se puso de color de púrpura á pesar de la harina que cubria su semblante.

—Bautista, le decia en voz baja y colérica, sacudiéndolo al mismo tiempo, te prevengo que si no me sueltas, voy á gritar.

Bautista por honor á su sexo, quiso ser el mas fuerte; cerró los ojos, apretó los dientes, extendió los brazos para rodear á la jóven con ellos, y Antonieta seguia teniéndolo cogido por la corbata apretando de lo bueno; mas desgraciadamente tenia suecos y uno de sus piés se deslizó del escalon y vióse en la precision de abandonar el cuello de Bautista para apoyarse en el caballete del muro, sin lo cual hubiera venido al suelo. El molinero la sostuvo lo mejor que pudo contentándose con aquella victoria, mientras ella trataba de colocarse otra vez en la escalera.

—Si hubiera tenido zapatos como tú, en vez de los suecos, no te hubieras salido con ella, le decia bajándose de la escalera.

—¿Y por qué no quieres que te abrace? le contestó Bautista con acento entre quejoso y amenazador. Y mientras tanto se montaba á caballo sobre el muro para bajar al jardin de Antonieta.

—¿Por qué? porque no quiero que lo hagas contra mi voluntad, repuso la hermosa jóven que se disponia á marcharse, sosteniendo en cada una de sus manos un cántaro lleno de leche. Bautista le respondió sentándose en el suelo.

—Escucha Antonieta, voy á contarte el por qué tu madre fué ayer de mañana en casa del padre Crétu. Vino á traerle su gargantilla, sus pendientes y el reloj de tu difunto padre, y hélos aquí, le dijo presentándole dichos objetos.

—Pero, Bautista, ¿cómo han llegado estas prendas á tus manos? dímelo, y dime tambien por qué mi madre se las ha dado á tu abuelo.

—El padre Crétu le habia prestado á tu difunto padre sobre hipoteca no sé que cantidad; y como tu madre no paga ó paga mal los intereses del dinero, ese viejo avaro que vive en su casa como un buho en la cúpula de una torre, le envia todo el papel sellado que puede. Vuestra alqueria le agrada porque linda con nuestro molino, y en un tiempo dijo que al fin seria suya: aunque era muy chico, me acuerdo perfectamente.

Gruesas lágrimas se deslizaban por las mejillas de Antonieta, y le dijo enjugándose los ojos.

—Sin embargo, Bautista, haces mal en hablar así de tu abuelo.

—Ni yo lo quiero, ni nadie tampoco, porque es mas avaro que la avaricia, y detesta á mi madre; pero ella le paga en la misma moneda. El diablo me lleva cuando pienso que por Navidad hará dos años que no baja al molino.

—¿Y por qué?

—Porque aquella noche buena nos comimos un pavo: ¿pero lloras todavia? no llores mas Antonieta; te lo pido por Dios. Sé razonable que no se quedará con vuestra alqueria, porque aun no te lo he dicho todo, añadió el molinero sonriéndose. El padre Crétu se está muriendo, entiendes, y hace dos horas que ha perdido el conocimiento: ya verás, estaba en la puerta del molino esperando que Belami hubiese acabado de picar la piedra, cuan-

do vi á la vieja Verónica que llegó corriendo á nuestra casa. «Ven pronto que tu abuelo se muere,» me gritó jadeando, y volvió á marcharse como una exhalacion. Cuando entré en su casa, le llamé varias veces, diciéndole. ¡He, padre Crétu! pero, quiá, ni tampoco dijo agua. Respiraba como si fuera á ahogarse, y me miraba fijamente como un gato. Quise incorporarle en la cama; pero se volvía siempre hácia el lado de la pared. Entonces distingui bajo la almohada estas alhajas, que conozco, y me las guardé vivamente en el gorro para traértelas. Esto no es robar; porque todo lo que tiene será mio esta noche ó mañana por la mañana.

—No, Bautista, eso no es tuyo, repuso Antonieta devolviéndoselas. ¡Pobre madre mia! añadió suspirando; todo me lo habia ocultado. ¡Querélas á poner donde estaban, porque si quieres casarte conmigo, eso nos traeria algun mal. Dios mio, ¿qué le pediré esta noche al Señor en mi plegaria? Ayer tuve que principiaria dos veces, porque pensaba mucho en tí.

Bautista, á falta de bolsillo, guardó las alhajas en el gorro, y estrechó á Antonieta entre sus brazos, admirándose de que la jóven se dejase besar sin resistencia.

—Si, Bautista, dijo Antonieta mirando al molinero con ternura: creo que tú me amas tanto como yo á tí; pero tu madre detesta á mi familia.

—Mi madre es gruñona y colérica; pero es mas dócil que un carnero, te lo juró.

—¿No es mala? repuso Antonieta con aire de duda.

—¡Oh! no: me ama cuanto una madre pueda amar á su hijo; y ella que riñe con todo el mundo, no me ha pegado nunca.

—¿Nunca? dijo Antonieta admirada.

—Nunca: porque á un bofetón que me dió hace diez años, cuando era muy niño, no le llamo yo pegar. Era justamente un día que le recitaba mi leccion de gramática.

—¿Y no la sabias?

—Sí.

—Pues entonces ¿por qué te pegó?

—Es que aquella leccion decia: «El masculino es mas noble que el femenino, y el femenino mas que el neutro» (y Bautista repitió aquella frase como si estuviera dando su leccion) cuando hé aquí que me para, y me dijo: «Tú y el señor Lhomond sois dos imbéciles; y ¡paf! toma para tí hasta que seas el mas fuerte.» Y me dió una bofetada de primer orden.

Antonieta riéndose de aquella historia le contestó.

—¡Pues bien! si ahora eres el mas fuerte no olvides que yo lo soy tambien; y en seguida, se bajó para coger los dos cántaros de leche que habia dejado en el suelo.

—¿Tú? respondió Bautista con aire socarrón.

—Sí, sí, soy la mas fuerte. Verás (dijo ella alzando los brazos) cómo te cojo por el pescuezo, y te llevo hasta el fin de la calle con mis dos cántaros; y esto lo decia con la mayor inocencia del mundo.

—¿Tú?

—Sí, yo.

El molinero retrocedió algunos pasos y saltó diestramente sobre los hombros de Antonieta, que conmoviéndose apenas por el choque, mar-

chó hacia adelante valerosamente. Pero Bautista no se contentó con aquello, y adelantó su cabeza enharinada, y encontrándose naturalmente con los cabellos de Antonieta, Dios sabe si se los enharinó y se rió de buena gana.

— Vámonos, ¿te estás quieto? le dijo impacientemente Antonieta, que seguía andando; magistralmente que continuaba, soltó los cántaros, levantó los brazos, lo agarró por el cuello, y agachándose y levantándose vivamente, con un esfuerzo supremo, despidió á Bautista por encima de su cabeza; y lo dejó tendido en el suelo cuando largo era.

— ¡Cuándo te decía que era la más fuerte! exclamó ella escapándose con sus dos cántaros que no se habían vertido por milagro.

— ¡Valerosa joven! dijo Bautista que se frotaba las espaldas mientras ganaba la escala para volverse á su molino.

— Si es una joven tan valiente como honrada esa Antonieta, repitió Gay; y agarrándose del brazo de Daniel, añadió: Pero de todos modos son unos juegos muy peligrosos; y como dice el buen cura de nuestra aldea, tras de la cruz está el diablo.

En aquel instante se oyó una voz grave que salía del molino, y que decía lentamente:

— ¡Paincuit, Paincuit!

— ¿Qué significa, Paincuit? dijo el poeta interrogando al guarda.

— Paincuit (1) significa el apodo que le han puesto á Bautista la gente del país.

— Y por qué?

— Porque es más rico que Creso, y el que lo llama es Belami, el guarda del molino.

— Según pronuncia Paincuit, Paincuit, repuso Daniel, parece un pato. Pero os ruego que me precedais, porque me son talmente desconocidos los habitantes del molino.

— No señor, repuso el ceremonioso Gay; sé lo que se os debe.

Daniel, que conocía la tenacidad del antiguo guarda, apoyó la mano en el pestillo de la puerta, sin insistir más, cuando esta se abrió violentamente, y una joven adolescente, ó por mejor decir una niña de unos doce años, desgreñada, llorando y gritando, la atravesó tan rápidamente, que Daniel creyó que iba á caer; pero tras ella apareció una pierna deforme y carnosa, cubierta con una media azul, y alzada hasta una altura bastante elevada. El puntapié mal dirigido no le dió á la niña; pero en poco estuvo que no le alcanzara brutalmente al poeta, que retrocedió vivamente para evitarlo: en aquel momento apareció la propietaria de aquella pierna, que era una mujer de unos cuarenta y cinco años, repleta, colorada, cubierta con un gorro casi tan alto como ella, y armada con una escoba; mientras tanto la niña gritaba desde fuera.

— Por qué matan mi cochinito, por qué matan mi cochinito!

La molinera, pues era ella, se sonrojó de vergüenza, y colocóse al lado de la puerta, dándole mil excusas á Daniel que se había apoderado de aquel útil; por lo tanto, hizo su entrada en el molino con arma al brazo.

El mayor desorden reinaba en la sala en que acababa de penetrar; el suelo, el techo, las me-

das, las sillas y la bajilla, todo estaba revuelto y confundido: añábase á esto, el ruido sordo de las piedras y de la rueda; las criadas que se reían á carcajadas corriendo como locas y llevando cada una una sartén en la mano; y puede formarse una idea del espectáculo que se ofreció á los ojos de los recién venidos.

Mucho le costó á la molinera el hacerse obedecer de una de ellas para que sacara un jarro de cidra, que no tardó mucho en estar sobre la mesa con sus vasos correspondientes; pero la que los trajo corrió á apoderarse de su sartén y á reunirse con sus compañeras.

— ¡Mal criada! dijo en alta voz la molinera, tomando el jarro de cidra, cuyo liquido lo pasó á una botella, ejecutando aquella operación con más gracia que destreza, porque si bien sus dedos meniques estaban graciosamente encorvados sin tocar ni el jarro ni la botella, esta en cambio parecía estar agujereada según el liquido que se vertía.

En aquel momento se entreabrió la puerta por la que había entrado Daniel, y la niña alargando su rubia cabeza, dijo con acento compungido:

— Señora, ¿se ha concluido ya?

— Espérate, picarona, le contestó la molinera dando una fuerte patada en el suelo. Pero aun no había concluido su respuesta, cuando se oyeron los agudos gritos de un cerdo que estaban degollando, acompañados por las alegres exclamaciones que lanzaban los individuos de ambos sexos que asistían á la ejecución. La niña cerró violentamente la puerta y desapareció.

— Caballero, disimulad la torpeza y la necedad de Baby, dijo riendo la molinera á Daniel, que se ocupaba en sacudir su frac negro, cubierto ya de una capa de polvo que caía del techo como una fina y menuda lluvia; esa chica llora, porque esta noche se mata el lechoncillo que conducía al campo; pero con la sementera hemos apurado nuestras provisiones, y es necesario renovarlas.

En esto entró una criada en la estancia que ocupaba Daniel, con la mayor alegría retratada en su semblante, y con una sartén en la mano llena de espumosa sangre: venía escoltada de una media docena de perros y unos veinte gatos, aparentando todos el aire más contento del mundo y con los hocicos ensangrentados. La molinera cogió su escoba gritando:

— Cuando oyen estos malditos el primer grito de la degollina de un cerdo, no queda ni perro ni gato en la vecindad que no se nos cuele por puertas y ventanas, y hasta por los tejados.

Pero los gritos de la varonil molinera y las evoluciones de su escoba dejaron despejado el campo en un momento.

— Todavía hay uno aquí, dijo Daniel que no quería ser injusto; pues acababa de ver un enorme gato más flaco que un espárrago, que se había ocultado prudentemente bajo la mesa.

— Ese es el gato del avaro, le dijo Gay al oírlo; y por eso lo toleran en la casa.

— Es muy cariñoso, repuso Daniel para enmendar sus palabras, y mientras tanto pasaba dulcemente la mano por el lomo gris veteado de negro del animal. Pero el gato no estaba para hacer caricias y dejaba oír un gruñido poco afable mientras arañaba los ladrillos; y cerraba

los ojos, no entreabriéndolos más que para contemplar la sartén.

— Ya lo creo, caballero, repuso la molinera; no hay hembra más amable que un gato que tiene hambre, y en cuanto á ese ya se puede jurar que ayuna todo el año.

— ¡Oh! una tortilla de sangre de puerco es una cosa deliciosa, dijo el padre Javelle, que estaba acurrucado junto á la chimenea, en donde se había dormido un momento; traedme cebollas y perejil, gritó, echando un manojo de retamas secas en el fogón para hacer un buen fuego.

Los gritos del moribundo animal eran cada vez más débiles y no se oían más que á intervalos cada vez más largos; percibiéndose, por lo tanto, más distintamente las bromas y la risotadas de los asistentes.

— El modo de degollar á ese animal, y los agudos gritos que lanza en su agonía, son terribles, pensó Daniel; sin embargo, toda esa gente asiste á su martirio con la mayor indiferencia. La mayor parte de ellos se alegran como si fuesen animales carnívoros; su instinto es el de los perros y los gatos; la sangre es un gran placer para el hombre, y ese dueño universal de todo lo creado se reserva la carne del cerdo para sí porque es la más sabrosa. Mas de todos modos, queda siempre la indiferencia humana ante el dolor. Es verdad que la imagen de ese animal es la primera que se nos representa, cuando queremos designar á un ser innoble; sus formas son repugnantes, y es tan egoísta y tan gloton, que concluye por ser grotesco. Además sus gritos son más bien nasales que guturales; por cuya razón no despierta la sensibilidad, y hasta se me figura que ese grito fué del que se sirvió el que inventó al Polichinela.

(Se continuará.)

EL CASTILLO DE ASMODEO.

RECUERDO VIVO

DE UNA NOCHE DE TEMPESTAD

POR

JOSE PASTOR DE LA ROCA

A la Sra. Condesa Sofia de M....

Mi querida Condesa:

Recibo vuestra afectuosa exigencia con toda la sumisión que puede imprimir el derecho que os da mi amistad en un corazón todo vuestro.

Tiempo há, es verdad, me dirigisteis igual pretensión, y al redoblarla hoy, me acusáis una rebeldía, cuyo peso, en verdad, me abruma y confunde en el terreno puramente confidencial en que lo haceis.

Os debo, pues, mil perdones; y héme aquí que acudo á la voz de vuestro llamamiento.

Teneis razón; tiempo era ya.

Ahí os envío una de esas notas horroreadas en el álbum de mis recuerdos, pobres recuerdos, que van unidos siempre á vuestro nombre y que marcaron su huella indeleble en la mente poética del novelista. Hubiera podido calcar sobre su episodio uno de esos dramas que tantas veces os han conmovido, produciendo honda sensación en ese tierno corazón de niña, impresionable ante las mágicas creaciones de mi pluma espiritual y nerviosa, según decís que os hacen llorar y sentir como un instrumento irresistible....

(1) Pan cocido.

¡Oh! basta de ironía, señora!

Y aunque os espreséis de buena fé; aunque no vaya envuelta la lisonja en esas frases halagüeñas, ese fervido entusiasmo y esa prevención favorable con que acogeis mis mas inútiles conceptos, por Dios vivo, que harán reír y darán una pobre idea de vuestro talento, esas mismas frases prodigadas en mi obsequio, tan lisonjeras como innmerecidas, si las arrojais al público, á ese eterno é implacable palenque de la crítica, tan contradictorio, tan exigente y mordaz.

¿Os acordáis de Italia?..... ¡Oh! siempre Italia, sí, yo al menos no puedo olvidar á ese paraíso del mundo europeo, á donde converge mi memoria enloquecida por el frenesí del deseo, con el lujo de la ilusión mas florida, bajo la presión del encanto y de la seducción.

Pues bien, vamos, ó por mejor decir, volvamos á Italia, á Gaeta, esa venturosa náyade del Mediterráneo, reclinada sobre su concha de alabastro, con sus palacios de pórvido, sus jardines de azahar y rosas, su embalsamado ambiente, su golfo de cristal záfiro y su cielo purísimo, el mas bello de Europa, y acaso tambien de Italia, y con decir de Italia, no cabe mas belleza.

Aun recordareis, como yo, ese vergel del mundo, riente en medio de su pompa oriental, recostada en anfiteatro y arrullada por los besos marítimos del golfo mas plácido y benigno.

Pero ¿á qué prolongar una descripción que conocéis ya, puesto que yo mismo os he sorprendido mas de una vez absorta en la contemplación del cuadro?

Porque teneis un alma de poeta, que sublima vuestra imaginación á las regiones ideales de la fantasía, y la diviniza.

Basta pues.

Leed, leed este desaliñado episodio, con cuya narración confío quedará satisfecha por ahora vuestra curiosidad que tanto me honra y enorgullece.

Y al llenar ese mismo deseo, no puedo dejar de anticiparme á pedir os perdon, si indiscretamente acaso, llevo á herir una cuerda adormecida de vuestra nerviosa y delicada sensibilidad, evocando un recuerdo que yace medio eclipsado en vuestra alma tan pura y candorosa, tan filantrópica y amable.

I.

Uno de esos días de primavera indefinibles é inconstantes, vagaba yo por la playa, sumergido en hondas meditaciones y en compañía de mis dos inseparables amigos, á quienes conocéis tanto como yo mismo, y de varios criados de nuestra servidumbre.

Caía ya la tarde.

Estábamos rendidos de cansancio, porque mi afán explorador nos llevaba á mal traer, como suele decirse, todo el día, en fuerza de admirar y contemplar aquel dédalo arqueológico, aquellas antiguas maravillas convertidas hoy en ruinas monumentales..... ruinas venerables que hablan al alma con su muda elocuencia ese irresistible lenguaje de la filosofía tan vivo y vehemente.

El sol plegaba sus postreros rayos fugitivos dorando las cumbres de los Apeninos y escondiendo su disco inflamado tras un velo lúgubre de plomizas nubes.

Aquellas nubes iban condensándose gradualmente, como una mancha elástica de terciopelo cénicento, y bien presto sus flotantes cortinas impelidas por el soplo del huracan, cubrieron la totalidad del cielo.

Apresurábase una de esas tempestades tropicales tan rápidas y tan imponentes como las de las regiones polares.

La noche se habia adelantado al crepúsculo.

Aquella noche prometia ser desastrosa ante la tempestad que amenazaba.

Los elementos se rebelaron á porfía, y la explosión de la naturaleza estalló con su implacable vértigo.

Andábamos perdidos por aquella muda soledad tan triste: nos habíamos alejado de la playa y caminaban mis compañeros mudos, silenciosos, como autómatas en mi seguimiento, mientras yo iba á mi vez preocupado tambien con una idea escéntrica y estraña.

Los pinos donceles que cubrian como un bosque de quitasoles el sitio agreste que hallábamos, inclinábanse sobre nuestras cabezas agobiadas, sus verdinegras frondas por el soplo elastico del torbellino, frio, estridente y lúgubre, y ante el sordo y monótono rumor de las olas que se estrellaban en el litoral; las sombras de la noche tomaban incremento; rasgáronse las nubes y empezó á llover.

Nuestra situación era critica en aquel sitio desconocido y solitario, en aquella hora lúgubre, tenebrosa y fatidica.

No faltó entre mis consortes quien sintiera desfallecer el ánimo.

No era estraño: tambien yo empecé á sentir un vacío dentro de mi pecho.

Brilló un relámpago que incendió la atmósfera con su pálida claridad sulfurosa y siniestra.

Aquel fuego rápido, fugaz, fantástico, reverberó sobre la ciudad de Gaeta, que se destacó un momento allá á lo lejos, como una población encantada.

¡Oh! hermoso era aquel cuadro terrible, lleno de poesía y de horror.

Tronaba sobre nuestras cabezas, y la repetición periódica de los relámpagos cegaba nuestra vista deslumbrándola.

Anduvimos aun guiados por aquel fulgor fosforescente, en busca de un rescuicio cualquiera donde guarecernos, y esta esperanza me servia de pretexto para alentar á mis secuaces que hasta entonces vieron tan solo en mi un visionario loco ó un maniático.

Por fin, á la luz de uno de aquellos rasgos eléctricos pude observar el objeto que me sirviera de norte en aquella descabellada expedición nocturna.

II.

Antes de pasar adelante, entra en mi propósito revelar el objeto de aquella expedición nocturna tan singular y atrevida.

Su realización tenia para mi un precio doble.

Aquel precio era de interés y de decoro.

De interés, porque mediaba una apuesta representada por una cifra respetable.

De decoro, porque aun á trueque de mil riesgos, habia soltado prenda sobre su empeño, y se me citaba como un hombre intrépido si cumplia mi palabra. Y aquella prevención favorable

que gozaba ya mi nombre, podia luego convertirse en gran descrédito y mengua del mismo.

Me explicaré á mi vez.

A una distancia regular de Gaeta y separado tambien de la playa, existe un castillo arruinado, rodeado de bosques de pinares que han ido desapareciendo en estos últimos años.

Aquellas ruinas eran objeto de varias consejas que alejaban á los paisanos con sus terrores, reales ó imaginarios, y sobre las cuales el genio supersticioso de los italianos habia calcado los mas peregrinos rasgos.

Llamaban al ruinoso edificio el *Palazzo d'Asmodeo*.

Las pobres gentes de la comarca aseguraban que en aquel lúgubre y solitario reducto moraba una dama encantada.

Habia quien oyó su voz, que era dulce y melodiosa, que cantaba allá á la media noche trovas de amor melancólicas, lúgubres, fatidicas, como el acento vago de un ángel moribundo, perdido en la region del aire.

El misterio de aquella dama era invulnerable, y mas de un profano pagó cara su osadía al querer indagar su portentosa existencia.

La poesía nacional se habia apoderado de la fábula y habia revestido el hecho con su manto fantástico, creando mil especies y rasgos fatidicos.

Cuando oí referir este cuento, lo acogí con la merecida reserva. Luego con marcada indiferencia, que hubo quien la calificó de desprecio, y se ofendió de ello.

— Qué, ¿no lo creéis? me dijo un buen abate, con la misma exasperación que si se tratara de un artículo dogmático. Atrevéos si no á intentar acercaros á ese castillo.

Se me provocaba y cogi el guante.

Hubo quien apostó una gruesa suma contra mi proposición, y no hubo quien apostara en favor de ella. La preocupación era dueña de todo el campo.

No tenia yo una suma que oponer dignamente; era extranjero en el país, y además, la garantía que podia yo dar merecía tan poco crédito.....

Determiné jugar mi cabeza y la ofrecí contra la suma empeñada.

Mucho era esto; pero en la competencia debia sostener mi decoro á la altura que correspondia.

El general B..... admitió el partido, y es hombre capaz de cumplirlo.

Diez mil piastras para mi ó mi cabeza para la Academia de anatomía.

El escalpelo se preparaba á descorrer un velo sobre la ciencia craneoscópica ó frenológica. Si era valor ó locura lo que me guiaba, esto era un enigma que la operación iba á analizar sin duda.

Para certificar mis operaciones, resolvió el general que me siguiesen dos de sus mas bravos oficiales. Por mi parte llevé tambien conmigo dos de mis criados mas intrépidos y fieles.

III.

Dije que llegábamos á percibir el objeto que me sirviera de norte en aquella expedición estraña.

Este objeto eran las ruinas del *Palazzo* ó castello d'Asmodeo.

Alzábase su informe mole granítica sobre una

pequeña eminencia, y destacaba su negra silueta en el oscuro horizonte, donde se dibujaban sus vagos recortes fantásticos.

Al aspecto de aquel grupo imponente, mis compañeros se estremecieron como si fuese un espectro, y no avanzaron un paso más, á pesar de la tempestad que bramaba con mayor ímpetu.

Guareciéronse bajo los árboles; pero el agua nada respetaba, la lluvia era cada vez más copiosa, y el suelo estaba cubierto de cenagosos charcos.

Solo, abandonado de todos en la hora más crítica de mi empresa, adelanté sin vacilar hacia el edificio, cuya entrada, que era un secreto para el vulgo, no lo era para mí en cierto modo.

Rodeé el edificio, busqué el punto de entrada y penetré animoso en aquella mansión solitaria por una especie de peristilo obstruido de escombros y verdura.

Avancé lentamente: mis pasos resonaban huecos y sonoros, como sobre una bóveda, y mi corazón palpitaba, no de terror, sino herido por no sé qué misterioso presentimiento.

Y ¡cosa estraña! un resplandor lánguido, indeciso y fosforescente inundaba aquellos ámbitos misteriosos, y parecía vivificarse más y más á medida que yo avanzaba.

De pronto me pareció oír un gemido.

Me estremecí á mi pesar y presté atención.

Siguió un profundo silencio, alterado únicamente por el estrépito atmosférico.

El gemido mismo, más marcado que antes, se dejó percibir de nuevo.

Detúveme entonces perplejo é indeciso.

Cediendo á la primera impresión tuve impulsos de retroceder.

Recordé mi compromiso y recobré mi energía. Preparé mis armas y continué avanzando resuelto y animoso.

Subí una rampa que se me presentó al paso, atravesé algunos corredores y piezas húmedas, destartaladas, por cuyas paredes arrastrábanse asquerosos reptiles fugitivos con el atolondramiento de la sorpresa.

IV.

De improviso se hundió bajo de mis pies una losa del pavimento; pero lentamente, sin estrépito, sin violencia, como uno de esos escotillones teatrales que seducen al espectador con su aparato escénico invisible y sus sorprendentes golpes en las comedias de magia.

Parecíame ir lanzado por un genio á las regiones del abismo.

Resbalé al querer huir, y caí de bruces contra aquella losa que crujió con un estallido metálico.

Entonces comprendí que era una de esas poternas de arte, de elástica presión, tan comunes en las fortalezas feudales.

Ante esta idea que cruzó súbitamente por mi mente, respiré un punto.

Era en efecto así.

La losa figurada, pues era una gran plancha de hierro enmohecida, mantúvose retenida por un fuerte muelle, formando un ángulo de 70 grados. Mi cuerpo se deslizó por su resbaladiza superficie, y caí sobre una espiral de desmoronados maldanos.

La losa, una vez aligerada del contrapeso, tornó á cerrarse de pronto.

Halléme soterrado entonces en una tumba viva.

Temblaron mis piernas, suspendió el corazón sus latidos ante el fantasma de una muerte desesperada, que pareció lavantarse ante mi imaginación.

Descendí por la rampa, subí otras, atravesé al acaso algunos trechos en varias direcciones, siempre pavidico, yerto de terror, paralizada la circulación de la sangre y helada de espanto el alma.

El suelo que hollaba, tan pronto pronunciado en elíptica pendiente, como plano ó vertical, estaba obstruido de escombros y sabandijas que al ruido de mis pasos huían despavoridas en tropel confuso.

Y siempre aquella claridad ténue é indecisa, reflejo misterioso, como la lejana proyección de un espejo herido por la luz.

V.

De pronto se ensanchó el espacio, aumentó la claridad, y el aire de la noche, frío, elástico, glacial, azotó mi rostro con una violenta ráfaga.

Aquel soplo de vida reanimó mis sentidos.

Convertí mi vista y reparé en una gran reja de hierro que había junto á mí. Aquella reja cerraba un buque, desde el cual percibiase la vasta campiña iluminada por las cárdenas reverberaciones eléctricas.

Brilló un relámpago tan activo que pareció incendiar aquella zona lúgubre, y casi cegó mi vista deslumbrándola.

Pude, sin embargo, á su luz, notar la altura á que me hallaba y que suponía yo inmensa. Me engañaba, estaba á flor de piso.

Mi pecho se desahogó con una dilatación de consuelo.

Seguí andando á la ventura, y atravesé un pasillo, especie de vestibulo regularmente aseado.

Al frente de mí alzabase una especie de arco toral de donde nacía y prolongábase una bóveda desquebrajada, sostenida por corpulentas columnas que se dilataban en medios puntos, figurando serpientes trezadas, salpicadas de geroglíficos abiertos á cincel en la piedra.

La lluvia continuaba azotando los apizarrados techos del edificio, y los truenos que solían repetirse á pausados intervalos, parecían conmover los fundamentos de aquella vetusta mole granítica, imponente y lúgubre en medio de aquel cuadro de esterminio, de soledad y silencio.

Adelanté animoso, atravesé aquella pieza fantástica, de elevadísima techumbre, y entré en otra más reducida, pero aun mucho más imponente.

Era la nave de un templo, ó mejor dicho, la capilla del castillo.

Aunque abandonada mucho tiempo há, sus paredes estucadas, su atrevida columnata de mármol, aquel sistema singular de arcos y cimbrías artísticamente enlazados que describían con su cornisamento aéreo primorosos rasgos arquitectónicos, la esbeltez de sus pilastras y botariles con imitaciones arabescas algo profanas, y además aquellos vestigios de altares y nichos... confieso que aquel desolador desorden, aquella

desnudez, aquel abandono mismo prestaban todavía más realce á aquellos vestigios de adoración piadosa, templo de ese Dios invisible, tan terrible y augusto.

Confieso que estaba turbado.

Esperimenté una honda sensación interna que me aterró.

Era el martillo de Dios que hirió mi corazón y lo conmovió.

Me sentí impotente. Y aunque luché con mi preocupación misma, hube de ceder, creyendo en mi fanatismo que el pasar de allí, el hollar el suelo del santuario ó del panteón, si también lo era, era cometer una profanación, y mi alma ya dije que estaba herida por la inspiración del cielo.

Permanecí, pues, inmóvil como una estatua sin pedestal.

VI.

Allá en medio de aquel recinto alzabase un humilde monumento fúnebre de mármol negro rodeado de una verja dorada y precedida de una grada mezquina.

Sobre aquel sepulcro ardía una gran lámpara de hierro, pendiente de la clave de un arco.

Aquella luz estaba dispuesta de modo que alumbraba, aunque de simple reflejo, varios reductos del edificio por medio de saeteras ó tragaluces hábilmente practicados.

¿Hallábame acaso en la capilla fúnebre de un panteón de familia?

¡Oh! mi pavor se redobló al contemplarme en la mansión de la muerte.

VII.

Presa de esta lúgubre convicción, quise huir, y al efecto probé á violentar la mohosa reja que daba al campo.

Pero me pareció percibir el eco retumbante de unas pisadas lentas, y el gemido ahogado de una respiración fatigosa.

Era evidente que se acercaba alguien.

¿Serían mis compañeros que después de darme algún chasco, venían á mofarse de mi debilidad?

Esta suposición infundió nuevo aliento á mi ánimo, y desistí....

No me equivoqué: una sombra invadió el átrio, y detúvose inmóvil como un espectro evocado por la tempestad, como un genio fatídico lanzado por la fatalidad ó el destino.

Colocado de perfil en parte que la luz, más vida que antes, derramó sobre aquel fantasma un destello clarísimo, pude reconocerle con gran sorpresa, y hasta con cierta especie de satisfacción.

Era un monje, una especie de peregrino, con su gran capucha echada al rostro, del cual descendía una prolongada barba negra: su saco rústico, de una tela grosera, diseñaba su holgada plegadura, y arrastraba su enlodada orla por el pavimento de la capilla.

Atravesó el claustro lateral de la izquierda, cruzó el ámbito solitario del templo, y detúvose junto á la grada del cenotafio.

Traía una linterna sorda en la mano izquierda, y apoyábase con la derecha en un cayado enorme y nudoso.

Al parecer debía haber dado alguna caída en

el camino, porque venia empapado en agua y cubierto de lodo.

Estaba visiblemente fatigado de cansancio á juzgar por lo agitado de su respiracion y su debilidad jadeante.

Y aunque su rostro desaparecia en cierto modo en el profundo embudo de su capucha, entreveíase en él cierta inquietud, ó por mejor decir, un miedo receloso que se indicaba en sus miradas oblicuas, en el temblor que contraía sus miembros y en aquella viva conmocion que le poseyera.

Aquel hombre ó fantasma debía experimentar remordimientos.

Acaso podia ser muy bien un gran criminal disfrazado.

Temblé entonces por mi seguridad, si era descubierta.

Me oculté como pude en la penumbra de una pilastra, y aguardé allí inquieto la solucion del misterio.

Casi llegué á arrepentirme otra vez de mi temeraria empresa.

Sin embargo, aun en medio de mis vacilaciones, podia mas en mí la curiosidad (mejor diria el amor propio) que el peligro.

VIII.

El monje, trémulo siempre y receloso, arrojóse en la grada del monumento, y oró un breve rato, inquieto siempre y alterado.

Un trueno fragoroso estalló al punto sobre la misma bóveda del santuario, que bien presto, instantáneamente, se inundó de una luz sulfurosa, livida, como de azufre encendido, esparciendo al propio tiempo un humo acre, gaseoso, en aquel solitario recinto.

Un rayo habia caido sobre el ruinoso edificio, derritiendo las planchas emplomadas de la cúpula y vertiendo sobre el embaldosado de la capilla una lluvia de metal fundido.

Un gran pecado ó una profanacion habia ocasionado sin duda aquella catástrofe, aquel rayo mortífero vibrado por el terrible Dios del Sinai.

—¡Dios! siempre Dios! exclamó aquel hombre con una voz bronca y gutural, y procurando, aunque en vano, huir de aquel sitio, donde parecia retenerle una fuerza invisible, omnipotente y misteriosa: el destino acaso.

IX.

Entonces sucedió una cosa estraña.

En lo alto de una tribuna claustral, y á través del enverjado del coro, apareció de improviso una forma vaga, un fantasma vestido de blanco y envuelto en flotantes velos.

—¡Profanacion! sacrilegio! exclamó con estentórea voz, que vibró penetrante y eléctrica en aquella bóveda santa.

Luego desapareció de aquel sitio, reapareciendo como una vision fantasmagórica en la nave del santuario que atravesó como un meteorito, precipitándose sobre el monumento y vertiendo redoblados gritos.

La lámpara se apagó de pronto.

La capilla quedó por consiguiente á oscuras.

El terror helaba mi sangre.

—¡Dios mio, salvadme! exclamaba el monje muerto de pavor.

Oíale yo suspirar y gemir como un niño, ame-

drentado, herido por un fuerte pánico, en lo cual, confieso, que no le iba yo en zaga.

El nuevo fantasma tornó á encender la lámpara, cuya luz volvió á iluminar, mas vivida que antes, todos los ámbitos del templo.

Dejábase ver entonces esta súbita aparicion misteriosa envuelta en impalpables velos, y cuyas formas pronunciadas, diseñaban los pliegues de su flotante túnica, como un ángel del Olimpo rodeado de una atmósfera de blancas nubes.

La vi un momento columpiarse sobre la aguja piramidal del monumento, leve, aérea, sutil como una hada que se cierne en los aires; avivó la luz de la lámpara y descendió de un salto (iba á decir de un vuelo) á la grada de mármol, donde permaneció recta, en una actitud imponente, casi heroica, como una matrona romana.

Era una mujer todavía jóven, alta, esbelta y horrorosamente pálida: sus grandes ojos rasgados traducian en sus pupilas de fuego la fiebre vertiginosa que interiormente la corroía, y alrededor de su órbita percibiase intensa, profundamente marcada, una amaratada aureola.

Su profusa cabellera negra flotaba sobre los hombros, sobre la espalda, sobre el seno, en sedosos anillos, cubriendo aquellas formas sensuales, y velando el rostro, si no el mas hermoso, el mas incitante y provocador que he visto, blanco como el mármol y puro como el de una estatua de la escuela griega antigua.

Su pecho se levantaba á impulso de una secreta alteracion que debiera inflamar su sangre, y su respiracion era fatigosa, sonora y desigual.

Aquella infeliz padecia fiebre.

—¿Dónde está el profano, exclamó en el colmo de un entusiasmo frenético; dónde está el sacrilego que viene á robarme este tesoro que solo Dios puede arrebatar me y cuya custodia me ha encargado él mismo?.... Venga, pues, á conjurar mi saña, venga á provocar mi rugiente cólera, y por cierto que llevará el impio una leccion terrible: el anatema del cielo se cierne sobre su cabeza y yo seré el instrumento de ese Dios remunerador y justo, cuyos tabernáculos no se abren para el criminal, sino únicamente para hacer tronar en sus oidos el eco del castigo y de la espacion.

La voz vibraba como un acerado timbre, produciendo un eco rotundo en aquellos sitios solemnes, y el mármol pálido de aquellos músculos parecia animarse á medida que hablaba aquella mujer tan débil y exánime, cuya frente parecia lanzar un destello sobrenatural y divino, y en cuyo pecho debia revolverse un poderoso genio.

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 31).

El héroe cuya incredulidad iba en aumento, volvióse hacia las mujeres mas ancianas que presenciaban dicha escena y les dijo:

«Venerables matronas, la astucia es una cualidad innata en el sexo femenino, aun en los seres de especie totalmente distinta de las nuestras.

»En prueba de ello ved lo que hace la hembra del cuco: antes de emprender su vuelo libre y vagabundo por los aires, pone sus huevos en nido estraño, dejando á otros pájaros el cuidado de calentarlos y criar á sus hijos.»

Entonces Sacountala exhala mil desesperadas quejas contra la crueldad de su esposo; porque ignorando que lo cegaban los dioses, le creía perjuro y malvado. Los religiosos de ambos sexos que la acompañaban, principiaron á dudar de su sinceridad, y amenazaron abandonarla, dejándola á la merced del rey que habia venido á afrentar con una audacia tan desmedida.

«¡Bracmanes! les dijo el Soberano, no acrecentéis el error de esa hermosa jóven; yo os juro que nunca fui su esposo.—Escuchad, añadió sirviéndose de una de las imágenes conyugales que nos ofrece el reino vegetal de aquellos climas:

«Así como el astro de la noche se contenta con entreabrir con su dulce claridad la olorosa flor del *commoda*, sin tocar con sus ténues rayos el azulado loto que no se despierta de su misterioso sueño, hasta que el rey del día lo calienta al desplegar su luciente cabellera; del mismo modo el hombre que es virtuoso y dueño de sí mismo, debe tener un cuidado estremo en separar constantemente sus miradas de una mujer estraña: y es lo que estoy haciendo desde que se ha presentado ante mí esa jóven.»

«¡Oh cielos! á dónde, á dónde iré á ocultar mi vergüenza! exclama Sacountala con desesperacion; y despues de haber dado curso á su dolor, retirase, por último, á casa de un bracman hospitalario, en donde fué recogida como una pobre mendiga.

II.

El sexto acto principia por un diálogo entre un pobre pescador encadenado, y los guardias que lo llevan á la prision.

LOS GUARDIAS, maltratando al prisionero.

Dinos, ¿dónde has robado ese precioso anillo, en cuya inestimable piedra está grabado con todas sus letras el nombre de nuestro augustó rey?

EL PRISIONERO, demostrando gran terror.

Perdonad, ilustres señores, os juro que soy incapaz de cometer una accion indigna.

UNO DE LOS GUARDIAS.

¡Ya! serás indudablemente algun bracman venerable, que ha querido recompensar nuestro soberano con ese magnifico presente.

EL PRISIONERO.

Escuchadme, por favor; yo no soy bracman ni nada que se le parezca; no soy mas que un pobre pescador que habito en Sacrávatara.

EL OTRO GUARDIA.

Cállate, miserable; ¿qué nos importa á nosotros ni lo que haces, ni lo que eres, ni el sitio de tu vivienda?

UN OFICIAL.

No atormentéis mas á ese infeliz, y dejadlo que se esplique.

LOS GUARDIAS, á una voz.

Puesto que nuestro jefe lo manda.... obedece, miserable.

EL PESCADOR.

Pues bien, señor, hablaré; ved en mí á un pobre pescador que mantiene una numerosa familia con el producto de sus redes y sus anzuelos.

EL OFICIAL, sobriéndose.

En verdad que es un oficio tan productivo como honroso.

EL PESCADOR.

Señor, no habéis así.

Por vil que pueda parecernos el oficio á que nos han destinado nuestros padres, no debemos abandonarlo; y aunque la accion de dar muerte á cualquier animal sea considerada justamente como una crueldad, no es, sin embargo, difícil



Guillermo Prescott.

UNO DE LOS GUARDIAS.

Tengo hormiguillo en la punta de los dedos (añadió mirando furiosamente al pescador), y no sé por qué no estrangulo á este belitre.

EL PESCADOR.

No, no querriais dar muerte á un inocente, y os juro que yo lo soy.

EL GUARDIA, mirando hácia dentro.

¡Ah! ya está aquí nuestro jefe que vuelve con la orden del soberano; por lo tanto, amigo mio, (dirigiéndose al prisionero) no tardaras en ir á visitar á tus pescados, ó á servir de pasto á los chacales ó á los buitres.

EL OFICIAL, entrando.

Vamos, pronto, que ese hombre.....

EL PESCADOR, pálido de espanto.

¡Dioses tutelares! me van á matar.

EL OFICIAL.

Sea puesto en libertad inmediatamente. El rey no ha dudado ni un momento de las circunstancias que han contribuido al hallazgo del anillo, pues se las he repetido tal cual nos lo habia contado ese buen hombre.

UN GUARDIA.

Acatemos las ordenes del soberano.—Amigo mio (añadió dirigiéndose al pescador), puedes alabarte que le has visto las orejas á la muerte mas cerca de lo que le convenia á tu pellejo.

(Ponen al pescador en libertad).

EL PESCADOR, inclinándose profundamente ante el oficial.

¡Oh, señor! me habeis salvado la vida.

(Cae á sus piés).

EL OFICIAL.

Levántate, levántate y escucha: el rey en el exceso de su alegría me ha encargado que te dé esta suma, que es el valor del anillo que te has

encontrar buenos sentimientos aun en el alma de un carnicero.

EL OFICIAL.

Adelante, adelante.

EL PESCADOR.

Pues bien, señor; un dia que habia cogido un pescado hermosísimo, el que estaba despedazando para venderlo, me encontré en su vientre este anillo maravilloso: fué tanta mi alegría, que sin pensar en lo que podia aconteceme, me puse en camino para buscar quien me lo comprara, habiendo sido detenido por VV. cuando no debia tardar en llegar á la ciudad. Os juro que esa joya ha llegado á mis manos del modo que os he dicho, y ahora, puesto que nada tengo que añadir, solo me falta obedeceros.

EL OFICIAL, oliendo la sortija.

Indudablemente este anillo ha estado en el vientre de un pescado, segun el olor que exhala; ahora lo que falta saber es cómo este hecho puede haber tenido lugar.—Venid, prosiguió (dirigiéndose á su interlocutor y á los guardias), voy á llamar á uno de los familiares del rey.

LOS GUARDIAS, al pescador.

¡Adelántate, miserable ladron, adelántate!

(Siguen los tres al oficial).

EL OFICIAL.

Esperadme aquí cerca de la puerta de la ciudad, y vigilad cuidadosamente al prisionero hasta que venga á buscaros; lo que haré en cuanto tome los informes necesarios acerca de lo que nos ha dicho ese hombre.

LOS DOS GUARDIAS, á una voz.

¡Qué nuestro soberano os reciba con la mayor benevolencia!

EL OFICIAL.

Así lo espero.

(Sale).

encontrado; por lo tanto, puedes guardarla que toda es para tí.

(Le da la bolsa).

EL PESCADOR, trasportado de alegría.

¡Oh Dioses! soy el mas feliz de los mortales!

UN GUARDIA.

Ese miserable, enorgullecido con los favores del rey, se olvida que no há mucho le olia el pescuezo á cáñamo, y va pavoneándose como si fuera en triunfo sobre un elefante de la casa real.—Y decis «que el soberano en el exceso de su alegría le ha dado el valor de la sortija?» Necesario es que la tenga en gran estima, cuando tan generoso se muestra con un desconocido.

EL OFICIAL.

¡Ah! no es tanto la vista de la piedra preciosa que lo adorna, lo que ha escitado la emocion del rey; como.....

LOS DOS GUARDIAS, con curiosidad.

¿Y qué otro encanto ó atractivo puede atribuirsele?

EL OFICIAL.

A punto fijo no os lo puedo decir; pero sospéchome que la vista de ese anillo ha despertado en su mente el recuerdo de un objeto tiernamente amado; porque apenas lo consideró un momento, cuando nuestro soberano que generalmente tiene una calma imperturbable, hizo se traicion á sí mismo y aparecieron en su semblante las emociones de su alma.

EL GUARDIA.

Es decir que habeis procurado al rey un placer inmenso para que se aproveche ese pescador que los dioses confundán.

III.

En la escena siguiente, dos jóvenes de palacio cogen flores para la fiesta de la primavera que debe celebrarse en breve, y escuchan alegre-

mente el canto del ruiseñor, hasta que se dispersan á la llegada de los chambelanes, los que declaran que es tal el dolor y la consternación del rey, que no quiere que nada turbe en su palacio el silencio que le rodea y el duelo que lleva en su corazón.

Uno de los chambelanes les describe el abatimiento del príncipe, en los términos siguientes:

«Apenas el rey fijó los ojos en aquel anillo fatal, cuando recuperó la memoria instantáneamente, y se acordó del casamiento secreto que había contraído con Sacountala: se desesperó, se acusó por haberla rechazado con tanta crueldad como injusticia; y desde entonces es presa del mas amargo dolor y del mas triste arrepentimiento. Los placeres le horroizan, y hasta contra su costumbre, se niega á recibir diariamente los homenajes de su pueblo. De noche busca el reposo inútilmente, pues le persiguen los remordimientos en su lecho, y ni un solo instante gusta de las dulzuras del sueño. Si por casualidad dirige la palabra á sus mujeres, no reina la mayor lucidez en sus discursos; confunde hasta los nombres, y cuando se apercebe de su error, se avergüenza de su debilidad. Se ha despojado del lujo que reclama su dignidad real; y aunque no ha conservado mas que un solo brazalete, que se escapa ya de sus brazos enflaquecidos; aunque los suspiros que se desprenden de su pecho han marchitado sus labios de coral, y aunque se han inflamado sus ojos á causa de las continuas vigiliadas á que lo condenan sus dolorosos pensamientos, nos admira, sin embargo, con sus acrisoladas virtudes, así como un magnífico diamante que no pierde nada de su valor entre las hábiles manos del lapidario que lo pule: porque lo que pueda perder en tamaño, lo gana con creces en brillo y en esplendor.»

El rey aparece adelantándose lentamente y como abismado en sus pensamientos.

«¡Ay querida Sacountala! esclama en voz baja. ¡Tú quisiste arrancar de mi corazón el letárgico sueño que se había apoderado de él, y yo te rechazé inicua y cruelmente; pero desde que recuperé la memoria, estoy condenado á eternas vigiliadas, mientras que los mas crueles remordimientos envenenan los dias de mi parásita existencia!—¡Ah! ahora recuerdo, como si se desprendiera mi alma de un círculo tenebroso, todas las circunstancias de mi primera entrevista con Sacountala!

«¡Es imposible que pueda librarme de mi desesperación; cada vez que veo con los ojos de mi alma el dolor de aquella mujer incomparable, en el momento en que la rechazaba tan cruelmente, se estreñece todo mi sér!—Si, desesperada y repudiada por mí, trató de seguir los pasos de sus compañeros de viaje para volver con ellos á su apacible retiro; pero como yo era el rey y la había desconocido, el discípulo de Canoua que es tan venerable como el mismo Gourou, le dijo con voz severa:—¡Quédate!»

«Al oír aquel terrible mandato, se detuvo aterrorizada, y fijó en mí, que tan cruel me mostraba con ella, una mirada suplicante y enturbiada por el raudal de lágrimas que se escapaban de sus hermosos ojos.... ¡Ah! ese recuerdo me da la muerte como si fuera una flecha envenenada que hubiese traspasado mi corazón.

«Cuando me separé del bosque sagrado de la ermita, me dijo Sacountala con voz entrecortada por los suspiros, y enjugándose las lágrimas que inundaban su semblante:—«Hijo de mi señor, ¿en cuanto tiempo te dignarás llamarme á tu lado?» Entonces, poniéndole este anillo, en cuya piedra está grabado mi nombre, le contesté:

«Cada vez que el sol ilumine la tierra con sus rayos vivificadores, deletrea una de las sílabas

de que se compone mi nombre, y antes de que hayas concluido de formarlo, verás á uno de mis oficiales de confianza, el cual tendrá el encargo de traerte junto á mí!»

El rey maldice el estancamiento en que Sacountala había perdido el anillo, sin duda al tiempo de bañarse, y se acusa á si mismo de la fatal circunstancia que le había impedido reconocer á su adorada esposa. Luego le presentan el retrato de Sacountala rodeada de sus compañeras, mientras



se paseaban en los jardines de su retiro.—Dicho cuadro subyuga enteramente su espíritu, y después arrebatado por su dolor, recita con la mayor ternura unos versos hermosísimos, aunque incoherentes, en los que deplora las desgracias que pesaban sobre él, como rey y como héroe; sintiendo al mismo tiempo no dejar un heredero que al subir al trono de su imperio sintiera ya en su pecho el amor que él tenía á sus pueblos.

«¡Grandes dioses! esclama: ¿estaba escrito que mi raza, tan antigua como la noche de los tiempos, y que se había conservado tan pura desde su origen, debía concluir en mí que estoy condenado á no escuchar nunca el dulce nombre de padre, perdiéndose el recuerdo mio como se pierden entre los arenales estériles é ignorados las limpiadas aguas de un río caudaloso?»

IV.

Su ministro, para distraerlo de aquella melancolía, le anuncia que una raza enemiga y perversa ha invadido sus Estados, arrasando todo lo que encontraba á su paso, y sacrificando inhumanamente á todos los que caían en su poder.

Entonces monta en un carro de batalla para marchar al enemigo; y el dios Indra que lo protege, le hace volar al través de los espacios hasta que llega á las cimas mas inaccesibles del Himalaya, desde las que el héroe puede contemplar de una ojeada todos sus Estados.

«Llegamos, dice á su compañero, á esa luciente

esfera que en sus rápidas revoluciones arrastra los innumerables astros y las sagradas ondas del Gange, á esa esfera eternamente santificada por las divinas huellas de Vichnou.... Lo conozco en el movimiento de nuestro carro, en ese rocío imperceptible que se desprende de sus húmedas ruedas, en esos corceles cuyas rizadas crines despiden rayos de luz que se confunden con los relámpagos, que de cuando en cuando iluminan la oscuridad; y en esas águilas que abandonan sus nidos suspendidos de los picos de las rocas, volando asustadas en torno nuestro.»

Luego, fijando sus miradas en la tierra, esclama:

«¡Qué espectáculo tan admirable y variado nos ofrece á cada momento la morada de los hombres vista desde estas alturas, mientras que nuestro carro se adelanta hacia ella con una ligereza inconcebible!»

Las cúspides de las montañas se confunden á mis ojos con la tersa superficie de la llanura, mientras los árboles despojados, al parecer, de sus troncos, la cubren humildemente con el verdor de sus hojas. Los rios mas caudalosos se ven como si fueran otros tantos riachuelos, deslizándose al través de las montañas, aprisionados en cauces imperceptibles; y solo la tierra es la que parece que se eleva hasta nosotros, como impulsada por una fuerza poderosa é invisible.»

Por esta descripción del carro prestado al héroe, por el dios Indra, se ve fácilmente que con mas amplitud nos dicen las primitivas tradiciones de la China; y es, que en aquellos remotos tiempos se conocían los aeronautas y los carros aereostáticos.

«Ya llegamos á la tierra, le dice su guía, y no tardaremos en apercebir la montaña que habita el hijo divino de Maritichi.

EL HÉROE.

«¡Cómo! ¿hemos llegado ya y el eje de nuestro carruaje no ha sentido el choque? En verdad que esto es admirable; no distingo ni la mas ligera nube de polvo; no he sentido el menor movimiento al tocar la tierra, y el carro se ha detenido como un pájaro que se posa en las flexibles ramas de un arbusto.... Pero dime (prosigue dirigiéndose á su guía), ¿en qué parte de la montaña habita el divino anacoreta?»

(Se continuará).

HISTORIA DE LA GUERRA

DE LA

INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.—Véase el n.º 34).

El pacífico giro que en la semana anterior no se había consolidado lo suficiente para que nos atreviésemos á expresar una satisfacción completa, ha tomado hace algunos dias una dirección que nos inspira la esperanza de poder consignar las ventajas de una paz considerada al principio como demasiado precipitada para que fuese duradera.

No vamos á hablar ahora de las graves dificultades que han puesto en peligro la posibilidad de una conferencia cuyas primeras sesiones han tenido ya lugar en Zurich; pero al anunciar simplemente que los plenipotenciarios de Francia, Austria y Cerdeña han empezado en Zurich la discusión sobre los asuntos de Italia, se ha declarado al mismo tiempo que estas dificultades habían desaparecido. Así, á la oposición que al principio hacia el Austria á cualquier idea de conferencia en que entrase la Cerdeña, ha suc-

dido una indiferencia, calculada tal vez, pero cuyos efectos han sido una perfecta conformidad con las intenciones del gobierno francés. Lo mismo ha sucedido por parte de Cerdeña respecto á Austria; y aunque no conocemos la naturaleza de la mision de que M. de Reiset ha sido encargado en los Ducados, ora se atribuya la marcha política adoptada por el gobierno piomontés á los esfuerzos de este diplomático, ora á otra causa cualquiera, lo cierto es que todos los comisarios sardos enviados á los Ducados por el rey Victor Manuel, han recibido orden de resignar sus funciones.

Y ahora que hablamos de esto, nos serviremos de las noticias que se nos han dirigido referentes á las demostraciones entusiastas de que ha sido objeto Mr. Buoncompagni, comisario sardo en Florencia. A pesar de las urgentes recomendaciones del eminente representante del Piamonte, quiso la multitud, en el instante en que las combinaciones políticas exigian su partida, dar á Mr. Buoncompagni las pruebas de afecto y de respeto á que se habia hecho acreedor por su buena y firme administracion. Todos los ministros, los miembros de la municipalidad, la poblacion entera, quisieron tener la honra de acompañarle hasta el ferrocarril.

De este modo no podrá acusarse al Piamonte de que ejerce la menor presion que influya en los deseos de los pueblos.

Los plenipotenciarios encargados de convertir en tratado definitivo los preliminares de Villafranca, son: por Francia, el baron de Bourqueney y el marqués de Bonneville; por Austria, el conde de Colloredo y el baron de Meylembourg, y por Cerdeña, el caballero Dessambrois.

Hasta mas adelante no conoceremos sin duda los resultados de las conferencias que han empezado en Zurich; en efecto, puede suponerse desde ahora que serán mas numerosas de lo que se habia creído en un principio.

La Independencia de Turin ha dado á conocer el programa que, segun él, debe servir de base á la organizacion política de Italia. Hé aqui los consejos que da al gobierno sardo:

«1.º Que se mantenga escrupulosamente la promesa de no intervencion en Toscana, en los Ducados y las Legaciones.

«2.º Que se convoque para una época cercana un Congreso europeo.

«3.º Que Módena, Parma y Plasencia, persistan en querer observar el pacto de fusion con el Piamonte, ya votado en 1848, y actualmente confirmado por unanimidad con grande ardor.

«4.º Que se deje en libertad á la Toscana de proponer al Congreso europeo una lista de príncipes, entre los cuales será designado el que deberá suceder á la dinastía de Lorena que se ha hecho imposible para en adelante.

«5.º Que las Legaciones sean dotadas de leyes y de instituciones en armonía con la civilización de la época.

«6.º Que la administracion del Véneto esté adaptada esclusivamente al carácter nacional italiano.

«7.º Que todo ejército extranjero sea rigurosamente excluido del territorio italiano, sea cualquiera el título porque ahora le ocupe, ó con el que quiera mantenerse ó introducirse.

«8.º Que todos los Estados de la península sean dirigidos por la voz de las reformas políticas, indispensables para prevenir los conflictos y las dificultades que á cada instante pudieran surgir entre ellos, si la semejanza de instituciones respectivas fuera escasa.

«Estas disposiciones están conformes con los preliminares de Villafranca y con las declaraciones subsiguientes del emperador de los franceses, y por consiguiente, son posibles.»

Como se vé, todas estas cuestiones son mas fáciles para plantearse que para resolverse, y los plenipotenciarios de las potencias interesadas no podrán darles solucion en ocho dias. Los periódicos ingleses, al mismo tiempo que manifiestan el mas vivo deseo de ver que las conferencias tengan feliz éxito, parecen dudar de él en el terreno de la practica. El periódico de lord Palmers-

ton es de opinion que solo á los pueblos de Italia corresponde abolir ó restablecer definitivamente los derechos de las dinastías caídas; cree, además, que no entra en las atribuciones de la conferencia imponer la federacion á los Estados de Italia; y si este principio no se acepta por todos los interesados, ¿en qué se diferencia, pregunta el *Morning Post*, el estado de Italia de lo que era antes de la reciente guerra?

Además de estas dificultades es preciso contar los obstáculos suscitados por la actitud del gobierno papal. La presidencia aceptada por el Papa solo es posible secularizando sus Estados: ahora bien; es demasiado cierto que el Papa no consentirá en ella en la actualidad, y es probable que las potencias católicas no quieran obligarle á ello: entónces la reforma romana no será posible, puesto que no podría llevarse á cabo sino con una concesion voluntaria que ya no se espera, ó con una presion exterior, en la que no se piensa.

Segun una correspondencia de Viena, dirigida al *Diario de los Debates*, es preciso contar en el número de los puntos mas espinosos de la cuestion italiana, el que concierne á la composicion de las guarniciones que hay que colocar en las fortalezas de la Confederacion futura. Austria querrá, sin duda, que sus soldados ocupen las plazas fuertes del cuadrilátero, cuya posesion tiene asegurada por el tratado de Villafranca: una vez ratificada esta pretension, será difícil satisfacer las legítimas exigencias de las otras potencias federales, que no podrán creer garantizados sus derechos mientras Austria tenga en sus manos tan poderosos medios de autoridad y hasta de opresion.

El gobierno romano, cediendo á solicitudes urgentes, ha decidido, segun se dice, que se ponga en vigor el Código Napoleon, esceptuando, sin embargo, los capitulos relativos al casamiento civil.

Sabido es que en la Romania habian ya adoptado este mismo Código por completo, y sin las restricciones enfadadas que el gobierno romano ha creído oportuno hacer en él.

Parece casi cierto que la conferencia de Zurich juzgará en último resultado las aplicaciones de los preliminares acordados en Villafranca: ya no se habla del congreso sino para hacer constar que no existe; en efecto, resulta de una declaracion hecha por lord John Russell que es poco probable que Inglaterra tome parte en un congreso, porque hasta ahora no ha recibido convocacion alguna de este género, y aun cuando la recibiese, el ministro no sabe si responderia á ella.

A consecuencia de esta declaracion, la cámara ha desechado la proposicion de lord Elcho de que ya hemos hablado.

Por otra parte, y segun el *Börsen-Halle*, el gabinete austriaco ha respondido con una negativa formal á las últimas proposiciones y á los esfuerzos de Francia en favor de un congreso de las grandes potencias, y el gobierno francés ha renunciado á proseguir por mas tiempo estos proyectos.

Como puede verse por lo dicho hasta ahora, las noticias políticas descansan sobre todo en hipótesis que solo se prestan á discusiones interminables y poco instructivas. Francia ha hecho demasiado hasta ahora por los principios que se gloria de defender, para no proseguir hasta el fin la noble tarea que se ha impuesto.

El 7 del presente agosto tuvieron lugar las elecciones en Toscana: estas elecciones terminaron con el mayor orden, habiendo sido elegidos todos los ministros y candidatos favorables á la causa de la independencia italiana.

Los periódicos alemanes continúan en sus recomendaciones.

Ahora que está probado que no fué Prusia la que presentó á Austria un proyecto de mediacion desfavorable á esta potencia, la *Gaceta Austriaca* dice que Alemania deseaba ayudar á Austria, y que Prusia se opuso á ello. Este periódico llega hasta decir que el ejército prusiano no ha sido movilizado mas que para contener á Hannover, Sajonia, Baviera y Wurtemberg, que estaban prontos á declararse por Austria.

En nuestra opinion estos pormenores no ofrecen ya interés alguno.

Segun dicen de Turin á la *Gaceta de Francia*, en la peticion que circula clandestinamente en Saboya, y que se dice tiene ya de once á doce mil firmas, no se trata de la anexion de aquella provincia á la Francia. Lo que querian los saboyanos, al decir de esa correspondencia, es que su provincia constituyese un Estado independiente bajo la autoridad del duque de Aosta, hijo segundo del rey, y que tuviese su autonomia, su representacion en Chambery, y su ejército y administracion propios. Así parece que se halla consignado en la peticion redactada por los diputados, y que se dice será presentada al Congreso que haya de reunirse despues de las conferencias de Zurich, si es que en efecto se lleva á cabo dicha reunion.

En Italia el dictador Farini habia mandado publicar el siguiente decreto:

«El dictador de las provincias modenesas, considerando que las poblaciones de las provincias modenesas reunidas en comicios populares van á ejercer un acto de soberania, y que quien ofenda de cualquier modo estos derechos, se hace culpable de lesa majestad y de alta traicion, respecto del pais y de sus representantes legítimos, decreta:

«Todos aquellos que, contra la soberania nacional, cometan uno de los delitos previstos en el título 2.º, libro 2.º del código penal vigente en estas provincias, serán juzgados y castigados como reos del crimen de lesa majestad y de alta traicion, conforme á las disposiciones contenidas en el título citado del código penal y en los edictos precedentes mantenidos en vigor por el decreto de promulgacion del código.

«El director del ministerio de Gracia y Justicia queda encargado de la ejecucion del presente decreto, que se publicará en la forma prescrita por la ley.

«Módena 1.º de agosto de 1859.—El director del ministerio de Gracia y Justicia, CHIARI.—El dictador, FARINI.»

En Bolonia, segun aseguran con fecha del 3, el empréstito de seis millones de francos estaba ya cubierto casi enteramente con las suscripciones del interior.

El comisario extraordinario del gobierno sardo, coronel Falicon, habia entregado sus poderes al Consejo de gobierno que, por su parte, habia nombrado jefe del poder ejecutivo al coronel Cipriani, hombre conocido por su energia y su ardiente adhesion á la causa italiana.

El Consejo de gobierno, despues de haber marchado el comisario extraordinario, publicó la siguiente alocucion:

«Conciudadanos de la Romaña: Hay en la historia de los pueblos momentos solemnes que deciden de los destinos de largos años. Debeis comprender que hemos llegado á uno de esos momentos supremos.

«La Europa tiene la conviccion de que la Italia, para ser tranquila y venturosa, necesita una organizacion é instituciones que respondan á la civilizacion de la época, á las exigencias legítimas de la nacion. El grande hombre que ha mostrado ser el primer soldado de la independencia italiana, nos conserva su simpatía y nos promete cooperar por todos los medios que estén en su mano á la realizacion de nuestros deseos justos y razonables.

«Pongamonos, pues, á la obra con celo, concordia y confianza. Mantengamos el orden, organicémonos; espresemos legalmente y defendamos resueltamente nuestros derechos; marchemos como un pueblo que sale de su menor edad y sabe tratar sus propios asuntos con calma y juicio. Así triunfaremos de todos los obstáculos y aseguraremos á nosotros y á nuestros hijos la libertad y la independencia.

«Bolonia 2 de agosto de 1859.—Giachino Napoleone Pèpoli.—Antonio Montanari.—Spoliso Gamba.—Césare Albani.—Filippo Martinelli.—Ferdinando Pinelli.»

El *Monitor* ha publicado un documento que, á

pesar de su carácter retrospectivo, merece que hablemos de él. Es el parte detallado en que el vice-almirante Romain Desfossés da cuenta al ministro de Marina de Francia de la misión que la escuadra del Mediterráneo, puesta bajo su mando, desempeñó en el mar Adriático, donde debía, como es sabido, secundar las operaciones de los ejércitos aliados en el Véneto.

Dicho parte está fechado en la isla de Lossini Piccolo, que el almirante Desfossés principió por ocupar sin haber encontrado resistencia, en conformidad a las instrucciones que había recibido. El 10 de julio era cuando debió tener lugar el ataque combinado de la flota y del cuerpo expedicionario contra las defensas exteriores de Venecia. Pero el 8 de julio, en el momento en que la flota salía de Lossini, recibió el almirante el aviso del armisticio ajustado por los dos emperadores. El almirante termina el parte con las siguientes frases:

«Termino aquí, señor almirante; lo demás V. E. lo sabe ya: V. E. sabe que la abnegación es una virtud necesaria y esencial de nuestra profesión: los marinos de la flota del Adriático, defraudados de la esperanza de ver coronados grandes esfuerzos de actividad con una participación honrosa en los gloriosos trabajos del ejército, saben también regocijarse de triunfos, a los cuales no les ha sido dado cooperar con las armas en la mano y asociarse a las alegrías igualmente que al reconocimiento de la patria.»

El emperador se ha ausentado de París durante algunos días para ir al campo de Chalons. El 9 fué S. M. a Plombières, con objeto de inspeccionar las obras ejecutadas por su orden en el establecimiento termal, y el 10 por la tarde regresó al palacio de Saint-Cloud.

La ausencia de S. M. y la aproximación de las grandes solemnidades en los días 14 y 15 quitan naturalmente mucho interés a las noticias políticas.

Segun ciertas indicaciones que parecen sacadas del simple razonamiento y de los hechos mismos, la dimisión de Mr. Bach, ministro de lo interior en Austria, pondrá de manifiesto las intenciones, algo oscuras hasta ahora, del gobierno austriaco respecto a las supuestas reformas que debían ser la renovación del imperio.

Sabido es que poco tiempo después de haber regresado el emperador del ejército, Mr. de Bach recibió orden de S. M. I. de redactar una memoria sobre la necesidad de las reformas que era necesario emprender. El ministro se apresuró a llevar a cabo este trabajo, é hizo proposiciones de reforma sobre las bases más amplias. Las modificaciones comprendían la disolución del consejo del imperio, y el establecimiento de las representaciones provinciales con un censo electoral fijado por la ley; en fin, la libertad de la prensa, moderada por los tribunales, fuera de toda acción administrativa. Se asegura que Mr. de Bach había anunciado que dejaría el ministerio si no se adoptaban estos proyectos.

Es muy natural que la opinión pública, al ver a Mr. de Bach resignar sus funciones, tenga motivos para temer que el emperador, después de haber anunciado el designio de llevar a cabo las reformas cuya necesidad está demostrada con el estado de los negocios públicos, se haya decidido bruscamente a rechazarlas, una vez calmados los ánimos.

El total general de las suscripciones reunidas hasta hoy en favor de los heridos del ejército de Italia, asciende a 1,350,000 francos; la Argelia sola ha dado 30,241 fr.

VICTOR MANUEL, REY DE CERDEÑA.

Victor Manuel II nació en Turin el 4 de marzo de 1820. Después de haber recibido una educación científica y guerrera se casó en 1842, no siendo todavía más que duque de Saboya, con la archiduquesa Adelaida de Austria. Nombrado jefe de la brigada de Saboya cuando estalló la revolución de 1848, acompañó a su padre en sus campañas contra el Austria, tomó una parte muy activa en la batalla de Goito, en la que recibió

una herida de bala en el muslo, y se distinguió por su valor en la desastrosa jornada de Novara. Carlos Alberto, que en vano buscó la muerte en el combate, abdicó el mismo día de su derrota en favor de su hijo, a quien Radetzky parecía deber imponer condiciones menos duras.

Hecha la paz, Victor Manuel se dedicó a organizar su ejército y su hacienda, permaneciendo siempre fiel al juramento que prestara a la Constitución que juró su padre. Cuando estalló la guerra de Oriente, el rey de Cerdeña entró en la alianza contra la Rusia y envió a Crimea 17,000 hombres, a las órdenes del general Lamarmora, que se distinguieron por su intrepidez en el Tchernaya.

En la campaña de Italia que acaba de tener lugar, el rey Victor Manuel tomó el mando en jefe del ejército piomontés, habiendo dado en todas las acciones pruebas de un valor heroico, que a veces rayaba en temeridad.

ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE ITALIA.

Seis ventanas de un primer piso de la calle de la Paz, cerca del boulevard de las Capuchinas, en París, se habían alquilado a una familia de Rusia, por diez mil francos para el día de la revista.

La medalla conmemorativa de la campaña de Italia, que ya nos anunció el telégrafo había decretado el emperador de los franceses, sera de plata, y del módulo de 27 milímetros. Llevará por un lado la efigie del Emperador con esta leyenda: *Napoleon III, Emperador*; y por el otro lado y en inscripción, los nombres *Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta, Marignano, Solferino*; y en leyenda las palabras: *Campaña de Italia, 1859*.—Este medallón irá rodeado de una corona de laurel, formando relieve por ambos lados. Los militares y marinos que hayan obtenido la medalla, la llevarán atada con una cinta rayada encarnada y blanca, en el lado izquierdo del pecho.

La artillería de la Guardia ha traído consigo, dice un periódico de París, una gallina llamada Solferino; ha sido recogida en el campo de batalla, acompañada de un gallo que ha quedado en Italia. Esta gallina se ha instalado en el campo de los artilleros, por donde pasea con una franqueza y una gracia que admira a cuantos la ven.

En una carta de Roma se citan algunas palabras de una conversación bastante animada que ha mediado entre el embajador de Francia y el cardenal Antonelli. El primero, instando a este a que renunciase el ministerio, le dijo:

—Y en fin, monseñor, los ministros no son eternos.

—Ni los imperios inmortales, señor embajador, respondió el cardenal.

En Bérgamo han bordado algunas señoras un hermoso y rico estandarte para el cuerpo que manda Garibaldi. Este general, a quien han presentado dicho estandarte en Lovera, ha dirigido a aquellas señoras la carta siguiente:

«Lovera 16 de julio de 1859.—Doy las gracias con todo mi corazón a las señoras de Bérgamo, por el estandarte que han ofrecido a este cuerpo, y que he entregado al primer regimiento: estoy seguro que mantendrá en las tropas, a quienes se ha confiado, sentimientos italianos muy semejantes a los que han presidido al ofrecimiento.—El general, G. GARIBALDI.»

Con fecha 8 del actual se hallaba convertido Turin en una verdadera colonia de españoles, próxima a disolverse para encontrarse allí otra vez dentro de algunos días. Los oficiales O'Donnell y Lopez Dominguez habían ido a París a pre-

senciar la entrada de las tropas el día 15. Otros varios españoles distinguidos se dirigían al lago de Como a ver la entrada del rey Victor Manuel en Milan. Los oficiales, señores O'Rian y Coello, se dirigían a Alajandria y Casale. El general Lamarmora había recibido muy bien a todos los oficiales españoles.

El 6 del actual casi había terminado el paso de las tropas francesas que por Turin, los Alpes ó la Cornisa regresan a Francia. Italia las ha despedido cordialmente. Quedan 50,000 franceses ocupando a Milan, Pavia, Plasencia, Génova, Turin y Casalmaggiore, hasta el arreglo definitivo de las cuestiones de Italia.

El emperador Napoleon, al visitar el hospital mayor de Milan el día 15 de julio, después de dirigir frases consoladoras a los heridos que de ambos ejércitos beligerantes en él se encontraban, y después de dar las gracias a la representación médica militar, condecoró con la cruz de la Legion de honor al Dr. Carlos Gotta, inspector superior de sanidad; Ambrosio Cherini, director del hospital militar de san Felipe; Rómulo Griffini, director del hospital militar de san Lucas, y al R. Padre Girolano, cirujano y enfermero del hospital, Fate Bene Fratelli.

Algunos voluntarios venecianos, procedentes del ejército sardo, que creyeron poder regresar a su país, después de la paz de Villafranca, han sido detenidos por la policía austriaca, incorporados a regimientos imperiales, y enviados después al interior del imperio.

Creemos, dice *La Patrie*, de la que tomamos estas líneas, que dicha noticia, que nos ha sido afirmada por nuestros correspondientes sardos, no se confirmará, puesto que está en desacuerdo con todas las promesas de los órganos oficiales de Viena.

Al día siguiente del combate de Palestro, dice una correspondencia, los zuevos enterraron a los camaradas suyos que habían sucumbido. Una vasta fosa, abierta en una pequeña eminencia, recibió sus restos mortales; después cuando estuvieron cubiertos de tierra, todos los circunstantes se arrodillaron. Después de una corta oración, se despidieron con voz conmovida, y con la expresión de un profundo sentimiento religioso, de sus hermanos de armas.

—¡Camaradas, exclamó un sargento, Dios os reciba en su seno! ¡Vosotros hoy, nosotros mañana!

Después de estas sencillas y tiernas palabras, todos se alejaron para regresar a sus acantonamientos.

Durante la guerra de Italia había en el cuerpo de Garibaldi muchos extranjeros voluntarios, entre otros un griego cuyo traje nacional contribuía a lo pintoresco del conjunto, y un caballero inglés, que en todas ocasiones tiraba grave y silenciosamente. Desde el principio de la campaña, solo se le veía en el fuego, tiraba admirablemente, apuntaba el tiro en su libro de memoria, volvía a tirar y siempre lo mismo.

Hé aquí un rasgo de sangre fría muy notable, de un soldado francés colocado de centinela avanzada.

Vió a una compañía de austriacos hacer un reconocimiento por su lado. No estaban mas que a veinte pasos de él. En vez de dar la alarma no hizo uso de su fusil, retrocedió sin perder de vista a los austriacos, llegó hasta las primeras guardias, y les advirtió la presencia del enemigo; la compañía austriaca se vió envuelta en seguida y fué hecha prisionera.

La Unión de Turin se ocupa del nombre que habrá de tomar el reino de Cerdeña con el aumento de la Lombardia: aunque hay pareceres para que esta nueva denominación sea REINO DE LA ALTA ITALIA, *La Unión*, remontándose al tiempo de los longobardos, dice que Carlo-Magno se intituló rey de Italia, y estableció los confines de este reino *quae et Lombardia dicitur*. «Desde el ingreso en Italia por Aosta, y andando á Ivrea, Vercelli, Pavia, de allí á lo largo del Pó, hasta los confines de Reggio, comprendido este, Cita-Nueva y Módena, hasta las fronteras del territorio de san Pedro.»

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIOGRAFÍA DE GUILLERMO PRESCOTT.

La literatura americana acaba de perder á uno de sus representantes mas distinguidos. Mr. Guillermo Prescott ha muerto el dia 28 de enero último, en Boston, á la edad de sesenta y dos años, de resultas de un ataque violento de apoplejía. La biografía de este escritor ofrece particular interés, porque demuestra lo que puede una inteligencia superior, sostenida por una energía pertinaz y por una gran fuerza de voluntad, para hacerse superior á crueles achaques físicos y vencer dificultades que al parecer son insuperables.

Mr. Prescott nació en Salem, Massachussets (Estados-Unidos), el dia 4 de mayo de 1796. Pertenecía á una familia cuyo nombre habia figurado de un modo glorioso en la guerra de la revolución. Su abuelo, el coronel Guillermo Prescott, mandaba la milicia americana en la célebre batalla de Bunker-Hill. Su padre, que durante varios desempeños en Boston importantes cargos judiciales, dejó los recuerdos propios de un magistrado tan eminente por su saber como por su inmaculada probidad. Así, pues, Mr. Prescott encontró en torno de su cuna los ejemplos y enseñanzas mas nobles que pueden formar el carácter de un hombre, é inculcarle sus deberes de ciudadano.

Después de haber hecho brillantes estudios clásicos en la Universidad de Harvard (Boston), en el momento en que iba á lanzarse al mundo, fué víctima de una desgracia deplorable que varió la perspectiva de su vida. En efecto, á no ser por este accidente sensible, es muy probable que el distinguido escritor, de quien venimos hablando, hubiese sido únicamente un abogado mas ó menos notable. Jugando con un compañero suyo, un proyectil le alcanzó en un ojo; el golpe fué tan violento que, no obstante los cuidados mas solícitos, no tardó en perder el uso de aquel órgano. Para colmo de desgracia, el ojo que le quedaba fué atacado, por simpatía, de una inflamación muy fuerte, y Prescott se halló privado momentáneamente de la vista. A pesar de los sufrimientos horribles que experimentaba, no cesó de mostrar el humor mas alegre, y era el primero que consolaba á los afligidos individuos de su familia. Por último, al cabo de pruebas muy dolorosas, recobró el uso de uno de sus ojos; pero este quedó siempre muy débil é incapaz de prestarle un servicio permanente.

Prescott, viéndose obligado á abandonar la idea de abrazar la carrera del foro, resolvió consagrarse al culto de las letras. Se sintió acometido por la noble ambición de convertirse en his-

toriador, y contribuir así á los progresos intelectuales de su jóven patria. Para conseguir este objeto, se dedicó con increíble energía á estudiar los autores antiguos y modernos. Leyó y meditó las obras maestras literarias de Francia, de España y de Italia. Mr. Prescott se veía obligado á hacer que le ayudase en sus estudios una persona que estaba encargada de leer ó tomar notas para él. En aquella época, su madre desempeñaba generalmente las funciones de secretaria y de lectora. Consagró diez años consecutivos á adquirir los conocimientos mas variados antes de acometer la empresa de componer obra alguna.

Entonces fué cuando le ocurrió la idea de escribir la historia de *Fernando* y de *Isabel*, reyes católicos de España. Habia preparado suficientemente sus materiales, y creia estar á la altura de la obra. Trató con magistral talento el asunto de aquel período tan brillante de la historia de España. El estilo de Mr. Prescott es muy ameno, y se distingue por una verdadera elegancia y una corrección singular. Este escritor, dotado de un carácter sensible y vehemente, se toma vivo interés por los sucesos que refiere, y sabe dársele muy dramático con gran habilidad de aparato escénico.

Mr. Prescott dictaba generalmente lo que componía; pero también escribía algunas veces con el auxilio de un instrumento ingenioso que tenia la forma de una pizarra de escuela, y sobre la cual habian colocado alambres á la distancia de una pulgada unos de otros. Se servía de una especie de punzon para trazar caracteres irregulares, indecifrables jeroglíficos que con frecuencia han causado la desesperación de su secretario.

La *Historia de Fernando y de Isabel* vió la luz pública en 1838 (3 vol. en 8.^o). Obtuvo un éxito brillante en los Estados-Unidos y en Inglaterra, y de ella se hicieron versiones al español, al italiano y al alemán. En Francia recibió los testimonios mas lisonjeros.

Estimulado por los elogios que alcanzaron sus esfuerzos, emprendió de nuevo sus trabajos con mas energía y valor que nunca. En 1843 publicó la *Historia de la conquista de Méjico*, y en 1847 la de la *Conquista del Perú*. Todas estas producciones literarias confirmaron mas y mas la merecida fama de Mr. Prescott. Este escritor incansable estaba trabajando en una historia de Felipe II, cuando le sorprendió la muerte en medio de sus ocupaciones científicas.

El historiador, cuya vida y trabajos acabamos de referir, era un hombre de carácter muy recto, y se hallaba animado por los sentimientos mas elevados y generosos. Era de modales muy finos y distinguidos, y gustaba mucho de la sociedad, en la que desplegaba la amena gracia de su talento. Como carecía de hiel y de envidia, perdonaba fácilmente á sus enemigos, y se felicitaba cuando podia aplaudir los triunfos de sus rivales. Poseedor de una fortuna considerable, consagraba una parte de ella á obras de caridad, y hacia todo el bien posible sin ruido y sin ostentación.

Los Estados-Unidos han perdido incontestablemente en Mr. Guillermo Prescott á uno de sus mejores escritores y á uno de sus ciudadanos mas recomendables.

J. F. SAENZ DE URRACA.

EL JARDINERO DE LOS SALONES

Ó ARTE DE CULTIVAR LAS FLORES EN LAS HABITACIONES, EN LAS VENTANAS Y EN LOS BALCONES

POR ISABEAU

VERTIDA DEL FRANCÉS AL CASTELLANO POR

D. JOSE BRUN Y PAGES.

(Continuacion. — Véase el núm. 34.)

Arbustos que florecen á la sombra.

Al interior de la balastrada del terrado-jardín debes colocar una serie de cajones semejantes á los que te he aconsejado que colocaras en el balcón corrido, y de los que has visto que he procurado sacar el mejor partido posible. En el terrado al Norte deben llenarse de brezo, y colocar en ellos arbustos de hoja constante como *Acebos apenachados*, *Alaternas* y *Rododendrones*, los mejores entre los que resisten la sombra, y cuyo temperamento robusto teme poco el frio: los citados y la *Yerba doncella mayor* serán la base de la decoración del terrado en la esposicion Norte. Reune todas las plantas de adorno que anteriormente he señalado como las que pueden florecer regularmente privadas del sol, y durante los ardores de la canícula daran una frescura tan agradable, que tus amigos se creeran dichosos al poderla disfrutar contigo bajo las yedras de tu terrado al Norte, decorado como te tengo dicho: por espacio de tres meses harás sus delicias y las tuyas. Sin embargo, quizás digas que esto es poco: poco es, pero mas vale algo que nada, y es además prudente no exigir á cada cosa mas de lo que naturalmente pueda dar.

Terrados en buena esposicion.

Todo lo que en jardineria hemos hecho, en los balcones al Este, Oeste ó Sud, puedes hacer en mayor escala, si tu terrado-jardín está á alguna de esas esposiciones. Los consejos que voy á darte aquí, seran relativos á muchos vegetales de medianas ó grandes dimensiones que por falta de espacio no se podian cultivar en los balcones.

Plantas sarmentosas trepadoras.

El techo enrejado que cubre el terrado bien espuesto, admite la mas agradable mezcla de plantas trepadoras y sarmentosas, en lugar de la *Acra de Irlanda*, unica llamada á servir de techumbre en la esposicion al Norte. No vaciles en variar y multiplicar estas plantas, porque mezcladas echaran raices perfectamente, tomarán su parte de aire y de sol, florecerán cada una á su tiempo, y harán caer sobre tu cabeza el mas encantador ramaje vegetal que puedas figurarte. Planta, pues, con este objeto, en las cajas de los ángulos del terrado, *Madreselvas*, *Clematites*, *Rosales*, *Sauces* y *Bongaimille*, lo que de ningún modo impide que plantes tambien la *Ghycina* de la China, y el *Jazmin* de Virginia.

La *Buddleya* y el *Clianto* estarán muy en su lugar junto á los pilares que sostienen las arcadas del enrejado; podrán acompañarlos muy bien grandes *Rosas tremiere* y hermosos *Delphinios* de Ajax con dos ó tres *Hibiscus*, y así quedará bastante espacio libre para apoyarte en la balastrada del terrado y mirar á fuera como en un balcón.

Poda en verano de las Lilas de Persia.

En cajones de medianas dimensiones, separados de los que sirven de cornisa, puede plantarse en el terrado de esposicion Oeste, ó Mediodía, Naranjos, Mirtos, Granados, Laureles, Rosas y hasta algunas hermosas Lilas de Persia. Cuando estas ultimas hayan dado su elegante florecencia de Primavera, no te olvides de sujetarlas á la poda de verano: esta es una feliz innovacion introducida pocos años há en la horticultura francesa y ya generalmente adoptada: hé aquí en qué consiste.

Luego que las flores de una Lila de Persia estén marchitas, no te has de contentar con cortar los paniculos de que han caido las corolas; corta

todos los extremos de las ramas, y además todo lo que, aunque verde, se encuentre sin hoja y desnudo como en Navidad. Bien pronto la vegetación vigorosa de la Lila de Persia demostrará su energía; renuevos jóvenes todos de igual extensión, y que todos igualmente darán flor el año siguiente, reemplazarán las ramas cortadas, consiguiendo tener lo mejor posible en este género. Una precaución muy necesaria, tanto para las lilas como para otros arbustos, cultivados en cajas separadas, es el volverlos dos veces por semana con objeto de que cada lado reciba a su vez igual parte de aire y de luz: sin esto, la propensión natural de los vegetales de estender sus ramas hacia el lado mas bañado del sol, les haría crecer solo por un lado, viniendo en un solo verano a quedar la cabeza del árbol completamente desprovista de gracia. Cuando las cajas se vuelven frecuentemente, las ramas del año no pueden tomar mala dirección.

Riegos.

La tierra de las cajas que forman la cornisa de un terrado espuesto al Mediodía, tiene necesidad de regarse dos ó tres veces por día en verano, y esos riegos deben ser muy abundantes, porque la reflexión del calor por la placa de zinc de que está cubierto el terrado, hace que la evaporación sea mucho mas pronta que lo que sería en las cornisas de un parterre que tuviera igual exposición. Estos riegos, los semilleros, los injertos, las trasplantaciones, la supresión dia por dia de las flores marchitas, la recolección de semillas útiles para el año siguiente, te procurarán un saludable ejercicio en el terrado-jardín: estos cuidados y estos trabajos de los cuales solo debes hacer por tí mismo aquellos que no exijan demasiada fuerza, te harán adquirir una alicion cada dia mayor hacia tus plantas y arbustos de adorno; las amarás cada dia mas, como se ama a los seres vivientes a cuya vida se ha contribuido; como aman las señoras por instinto todo lo que como ellas es elegante y gracioso.

No te figures que estos sean los únicos placeres que unidos a la horticultura, te ha de proporcionar el terrado-jardín. Hay otra especie de placeres que llegarás a apreciar si te tomas la molestia de leer el capítulo siguiente.

CAPITULO XII.

LOS FRUTOS EN EL TERRADO.

Frutos que se pueden obtener en el terrado: Fresas de los Alpes. — Zarzal de Gaillon. — Escarlata de Virginia: de Chile. — Wilmott soberbio. — Goliath. — Blanca de Bicton. — Reina de la Gran Bretaña. — Viña. — Despampanarta. — Aclarar los racimos. — Poda. — Cerezos. — Grosella. — Frambueso. — Arboles frutales enanos forzados. — Poda de los árboles frutales enanos en el terrado. — Modo de dirigir el Cerezo, el Ciruelo, el Frambueso y la Grosella. — Forma que conviene a la Grosella en maceta en el terrado.

Frutos que se pueden obtener en el terrado.

¿Quién no es un poco gastrónomo? La gula es con la pereza el menor de los siete pecados capitales: no quiero decir nada de los otros por temor de hacerlo mal. ¡Un poco de gula por las frutas es una cosa tan natural! Te aseguro que comprendo a nuestra madre Eva, y tú tambien, ¿no es verdad? ¡Qué bueno debía ser el fruto prohibido! Los de que te voy a hablar no tienen ese mérito especial, porque todos son de los mas permitidos que se conocen.

Temo que me vas a preguntar si intento plantar árboles frutales en tu terrado, como los habria probablemente en los jardines colgados de Semi-ramis, jardines que entre paréntesis, no eran otra cosa que un terrado-jardín un poco mayor que el tuyo, y esto suponiendo que hayan existido. Pues bien; todo menos que eso; yo solamente deseo llamar tu atención hacia un pequeño número de esquisitas plantas, que puedes muy fácilmente recoger en el terrado.

En primer lugar te advierto que las cajas que forman la cornisa del terrado, en razon del espacio disponible, tienen bastante extensión para que, sin quitar nada al culto de Flora, puedas admitir el de Pomona. Esta frase no es mia, y te suplico

que lo creas; es del difunto Bousseton cuando publicaba los *Anales de Flora y Pomona*.

Te aseguro con la mayor formalidad que algunas plantas de fresa no incomodarán a las de adorno, y no te desagradará recoger, mientras que te ocupa la jardineria, una ó dos hermosas fresas de vez en cuando.

Fresas.

Si abres el catálogo de un horticultor de profesión, te admirará la lista innumerable de fresas anotadas como buenas por los que las venden; pero la mayor parte no dan mas que frutos desahridos ó ácidos y de ningun valor. Yo que no las vendo, te aconsejo entre los mas recomendables, la antigua *Fresa de los Alpes* de las cuatro estaciones, el *Zarzal de Gaillon*, la *Escarlata de Virginia*, la *Fresa de Chile* y las especies inglesas llamadas *Wilmott soberbio*, *Goliath*, *Blanca de Bicton*, y *Reina de la Gran Bretaña*. Esta última es notable por su fecundidad extraordinaria, y esta es la de que te hablo.

Si sigues mi elección, con que plantes aquí y allí entre las flores dos plantas de las ocho clases antes nombradas, tendrás 16 plantas, de las cuales cada una podrá darte en mayo seis fresas; esto es, 86 fresas, ó un ciento en número redondo, que te irás comiendo una á una, á medida que vayan madurando, siéndote muy agradable el ir mirando si están maduras. Si por impaciencia las coges un dia antes, te advierto que lo pierdes todo, porque no son realmente buenas sino cuando están del todo maduras. Los fresaes no exigen otro cuidado mas que el cortar las hebrillas por las que se propagan, excepto el *Wilmott de Gaillon* que no las da; toman parte del agua de los riegos de las otras plantas; pero ten cuidado de renovarlas de dos en dos años por medio de planteros, que para este objeto tendrás preparados.

Viña.

De todos los frutos, el que en mayor cantidad puedes cosechar en el terrado, es la uva. Sabes, buen lector, que desde hace algunos años se cultiva mucho la viña en macetas mas profundas que anchas, con el objeto de obligarla á dar fruto mucho tiempo antes de la madurez de la uva al aire libre, haciéndola crecer en un invernáculo templado ó caliente. Te es muy fácil el proporcionarte con poco gasto algunas cepas bien formadas y en completo desarrollo, plantadas en macetas al pié de las columnas que sostienen las arcadas del enrejado del terrado.

Los sarmientos de esas vides encontrarán pronto en él un apoyo conveniente, y en la forma mas favorable á la madurez de la uva. La cepa que se vendan estarán muy podadas y dispuestas a servir de emparrado en los enrejados; tú debes hacerlas formar una curva, y mas tarde sus racimos dorados llegarán á la altura de la mano, de la base de los pilares hasta el punto en que principian los vasos colgados en el centro de las arcadas: ¿y esto no es encantador?

Despampanar ó aclarar.

Dos cosas son indispensables para que tus uvas sean tan buenas como deben ser: suprimir la parte superior del sarmiento cuando los granos del racimo están formados y tan gordos como un guisante; esto es lo que se llama despampanar: aclarar los racimos demasiado cargados.

Hé aquí en qué consiste la primera operación: cuando la vid se cria en buena tierra y en buena exposición, si se ha podado bien y no se la han dejado demasiados racimos, cada flor da su fruto. A medida que crecen los granos de la uva, se incomodan unos á otros, se comprimen, se afean, y no reciben mas que por el lado exterior el aire y la luz, y en el tiempo de la vendimia no tienen mas que la mitad del valor gastronómico propio de su especie. Para evitar estos graves inconvenientes, ¿sabes lo que hacen las mujeres y las hijas de los jardineros de Thomery, pueblo donde se coge la uva sin rival, y que en Paris se vende con el nombre de uva de Fontainebleau? Se ar-

man de un par de tijeras agudas, y van cortando con la mayor paciencia uno de cada tres granos en los gajos de que se han de formar los racimos, y esto mismo te aconsejo que hagas en los racimos de la vides de tu terrado.

Supongo que solo cultivarás en macetas cuatro vides; cada cepa da cuatro esforcocinos, que es el nombre que los jardineros dan á las ramas fructíferas de la vid; cada esforcocino produce dos sarmientos, y cada sarmiento dos racimos. Si todo sucede así, como lo debes esperar, podrás recoger en setiembre y octubre hasta sesenta y cuatro racimos, bastantes para convidar á todos tus buenos amigos á tu vendimia.

(Se continuará.)

CRÓNICA ESTRANJERA.

Las reformas ofrecidas por Francisco José en su reciente manifiesto, han sido aplazadas indefinidamente, segun escriben de Viena. Este resultado era de esperar por todos los que conocen á su costa, ó por la historia, la política austriaca.

En Paris se hablaba dias pasados del congreso europeo que debe abrirse después de la terminación de las conferencias de Zurich. Decíase tambien que en estas se tendria muy en cuenta la opinion de los Ducados italianos, y que el Austria iba disponiéndose favorablemente acerca de este particular. A pesar de todo, creemos lo mas razonable no dejarse alucinar por noticias que al fin no pasan de meros rumores y deseos tímidamente espresados, y esperar las aclaraciones que resulten de los mismos hechos. Lo que hasta ahora parece positivo, es que el 6 debieron reunirse en Zurich los plenipotenciarios encargados de convertir en tratado definitivo los preliminares del de Villafranca. Estos plenipotenciarios son: por Francia, el baron de Bourqueney y el marqués de Bonneville; por Austria, el conde de Colloredo y el baron Meylembourg, y por la Cerdeña, el caballero Dessambros.

Los 60,000 franceses que quedan en la Lombardia, y que se hallan distribuidos entre las plazas de Milan, Pavia, Lodi y Brescia, regresarán á su pais inmediatamente después de las conferencias de Zurich.

El 7 hizo Victor Manuel su entrada solemne en Milan, á las ocho y media de la noche. Toda la ciudad se iluminó espontáneamente. La plaza de Palacio estaba llena de un inmenso gentio, y el rey, profundamente conmovido por las incesantes y entusiastas aclamaciones, se presentó varias veces al balcon. Muchos habitantes de los pueblos de la Lombardia acudieron á Milan á saludar y prestar homenaje á su nuevo rey.

En la sesion del 8, de la cámara inglesa, lord John Russell y lord Palmerston manifestaron, contestando á una proposición de lord Elcho, que aun no podian decir si la Inglaterra tomaria parte en el congreso que debe entender en el arreglo de la cuestion de Italia.

En Prusia se ha acordado la medida de disolver todas las concentraciones del ejército prusiano.

En Berlin circulaban estos dias rumores de una próxima y completa reconciliación entre la Prusia y el Austria. Una de las mayores pruebas de prudencia que hoy pueden darse, es tener por completamente falsos tales rumores.

En una de las últimas sesiones de la cámara de

los lores, lord Ripon propuso una enmienda para la organizacion de la milicia y la defensa nacional. Lord Redcliffe apoyó la idea de la organizacion de la milicia, pues en su opinion, la Inglaterra está rodeada de peligros, y la paz no se halla asegurada ni siquiera por algunos meses. La suspicacia inglesa está sobrecitada, y es muy difícil ya que el emperador Napoleon logre convertirla en simpatías hacia su persona ó hacia su política, a pesar de todas las notas publicadas y por publicar en el *Monitor*.

En las grandes fiestas que el 14 del actual debieron celebrarse en Paris, por los dias del Emperador y en honor del ejército de Italia, el desfile debió verificarse en el orden siguiente:

- 1.º Banderas cogidas en la guerra de Italia.
- 2.º El emperador y su estado mayor.
- 3.º La guardia imperial al mando de su general Saint-Jean d'Angely.
- 4.º Primer cuerpo de ejército mandado por el mariscal Baraguay d'Hilliers.
- 5.º Segundo cuerpo de ejército á las órdenes del duque de Magenta.
- 6.º Tercer cuerpo de ejército á las de Canrobert.
- 7.º Cuarto cuerpo de ejército á las de Niel.
- 8.º Cañones cogidos en la guerra.

Los heridos formarán á la cabeza de sus regimientos.

Las elecciones se han celebrado en la Toscana con el mayor orden. El resultado de ellas es contrario, como era de esperar, á la dinastía del duque Leopoldo, y favorable á la anexión del Ducado al Piamonte.

Por lo que respecta al congreso de Zurich, de cuyas decisiones está pendiente en estos momentos la suerte de Italia, y acaso la paz ó la guerra en toda Europa, dirémos que el 9 tuvo lugar la primera conferencia, á la que asistieron los dos plenipotenciarios de la Cerdeña.

Haciase concebir en Turin y algunos otros puntos de Italia la esperanza de que las plazas de Mantua y Peschiera quedarán en Lombardia, y agregadas, por consiguiente, al Piamonte; ó que, si son adjudicadas definitivamente al Austria, como parte del territorio veneciano, serán desarmadas. Creemos prematuras estas noticias; pero dudamos mucho que, aun dado el caso de ser ciertas, el Austria acceda á la cesión de dichas plazas ó á su desarme; estremos ambos que serian para ella una nueva derrota en lo presente, y acaso un nuevo peligro para lo futuro.

El rey de Prusia, segun escriben últimamente de Berlin, ha tenido un vómito de sangre que ha agravado de tal manera el estado de su ya precaria salud, que se abrigan fundados temores por su vida.

Es cada vez mas vehemente el ansia con que en Inglaterra se sigue la cuestion de la defensa del pais. El gobierno, apremiado por interpelaciones en este sentido, ofreció en la sesion del 10 no perder de vista un momento nada de cuanto atañe á la defensa nacional.

El gobierno francés tenia conocimiento el dia 11 de la tercera conferencia de Zurich; pero el público nada podia traslucir acerca del resultado de estas conferencias. Por lo demás, estas son diarias, y se asegura que adelantan mucho.

La asamblea de Florencia se ha constituido,

presentándose y aprobándose los poderes. La ciudad, con este motivo, estaba adornada con vistosas colgaduras, y en la noche del 11 hubo en ella una magnífica iluminacion general. En todos los sitios públicos se habia fijado este letrero: ¡Viva Victor Manuel, nuestro rey!

El emperador de los franceses ha creado una medalla destinada á premiar los hechos gloriosos del ejército de Italia. A esta medalla van afectas infinitas consideraciones. En Paris se notaba la gran afluencia de viajeros que de todas partes acudian á presenciar las magnificas fiestas con que se celebraría la entrada de los vencedores de Magenta y Solferino. En dicha capital se esperaba al emperador en la noche del 10.

En Viena, á pesar de cuanto en contrario se ha dicho, se tenia como cosa segura, la restauracion de los duques destronados. Aunque esta resolucion del congreso de Zurich no es la mas á propósito para producir la pronta pacificacion de Italia, ni para hacer productivos los esfuerzos de la Francia en la Cerdeña y la Lombardia, es muy natural, atendidos los nuevos compromisos que se ha creado Luis Napoleon, que al fin ese sea el acuerdo que respecto de los Ducados se adopte.

A propósito de las conferencias de Zurich, dirémos que el 12 corria en Paris el rumor de que los representantes de Francia, Austria y la Cerdeña, despues de un empeñadísimo debate, nada habian podido acordar en definitiva, respecto de un punto esencial. Con solo reflexionar lo incompatible de los intereses que chocan entre sí en la asamblea de Zurich, y lo casi imposible que es poner en buena inteligencia el Piamonte y el Austria, el rumor de que hablamos á nadie debe parecer inverosímil ó infundado.

Por su parte, el rey Victor Manuel espera en Milan el resultado de estas laboriosas conferencias. Los pueblos lombardos le acogen con el mayor entusiasmo en la escursion que hace por ellos.

Vuelven á reproducirse los temores de un próximo rompimiento entre la Inglaterra y la Francia, con motivo de la actitud hostil en que una escuadra inglesa se ha presentado delante de Alejandria. La cuestion relativa al istmo de Suez, en que dichas potencias se han hallado siempre en abierta oposicion de miras é intereses, hace creer á muchos que la guerra trasladará esta vez su pavoroso teatro á los mares y los campos del antiguo Egipto.

Creemos prematuro, y por consiguiente, muy aventurado todo cuanto acerca del particular se dice y escribe. El saludable temor que mutuamente se inspiran el leopardo británico y el aguilá de la Francia, es hasta cierto punto una garantia de que no intentarán despedazarse en aquellas regiones, produciendo un conflicto universal.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Se ha autorizado al gobernador de Fernando Pó para que permita, en el punto que crea conveniente en aquella isla, el depósito permanente de carbon de piedra para el uso de los vapores

norte-americanos estacionados en aquellas costas.

—Se ha aprobado el reglamento general para la administracion y régimen de Instruccion pública.

—Han sido aprobados, de conformidad con lo informado por la Junta consultiva de Caminos, Canales y Puertos, los planos, proyectos y presupuestos de la reforma del faro, situado en el castillo del Morro de Santiago de Cuba.

—De real orden han sido aprobados el proyecto de alumbrado de gas para el muelle y tinglado de Matanzas y su presupuesto.

—Se ha dispuesto, de real orden, que las dietas que causen los subdelegados de sanidad, médicos, farmacéuticos ó veterinarios, cuando por mandado de los gobernadores hagan visitas de inspeccion, se abonen con cargo al presupuesto provincial ó municipal, segun corresponda.

—De real orden se ha autorizado á D. Rafael Sociats para verificar, en el término de un año, los estudios de un ferro-carril que, partiendo de Zaragoza y atravesando las provincias de Teruel y Cuenca, termine en Valencia.

—Se dice que SS. AA. los señores duques de Montpensier, despues de permanecer en Sanlúcar hasta octubre, vendrán á Madrid á asistir al alumbramiento de S. M.

—En las publicaciones oficiales se anuncian las subastas siguientes: 1.º La construccion de 30,000 libros de traslaciones de domicilio al tipo de 31 rs. 99 cénts., y 500 indices á 14 rs. para el servicio de hipotecas. 2.º Las obras que han de hacerse en la casa-administracion de Correos de Cartagena. 3.º La conduccion diaria del correo de ida y vuelta entre Lucena y Loja.

—El dia 4 se celebraron en la iglesia parroquial de san Jaime, en Barcelona, los funerales de la Excm. Sra. Condesa de Almina, esposa del Excmo. Sr. D. Antonio Ros de Olano, cuyo fallecimiento ocurrió en esta capital en la mañana del 28 de julio.

—El domingo 7 del corriente se dió principio al pago del capital é intereses del segundo semestre, vencidos, á los suscritores del canal de Isabel II que optaron por el reintegro en metálico de sus capitales.

—El lunes 8 de agosto se repartió en Madrid la contestacion del Excmo. Sr. D. Agustin Estéban Collantes al manifiesto de D. José María Mora sobre el expediente de acopio de 130,000 cargos de piedra que ha publicado el *Diario Español* por suplemento al número del dia 23 de julio último.

—Parece que el infante D. Sebastian ha manifestado que renuncia á los cuadros de su propiedad, existentes en el museo de la Trinidad, que se estaban inventariando para devolvérseles.

—Pronto deben llegar á Barcelona desde Inglaterra nuevas locomotoras que tendrán mayor fuerza que la que tienen las conocidas hasta el dia, y serán de mayor velocidad, de modo que una sola locomotora podrá arrastrar un tren de sesenta coches, recorriendo el trayecto en una tercera parte menos del tiempo que hoy emplean.

—Parece que está ya resuelto el establecimiento en Málaga de escuelas dominicales, á imitacion de las establecidas en Madrid, Sevilla, Granada y otras capitales.

—Se espendian en grande cantidad sellos falsos de á cuatro cuartos.

—En Toledo se ha organizado una compañía de bomberos, que consta de setenta individuos, pertenecientes á los oficios de carpinteros, albañiles y herreros, divididos en ocho secciones, mandadas por capataces de la clase de maestros, bajo la direccion facultativa del arquitecto municipal. Hay además una seccion de aguadores. Las bombas se hallarán en aquella ciudad á la mayor brevedad.

—La baja continúa sin interrupcion en los mercados de Castilla á pesar de la poca concurrencia de granos. El precio de 30 rs. fanega á que se halla el trigo, dice la *España Mercantil*, es insostenible, y tan pronto como la recoleccion concluya y se vea á lo que hay que atenerse, juzgamos muy probable una reaccion que tal vez no haya entrado en las cuentas de los compradores.

—En Oviedo ha empezado ya á funcionar la fábrica de gas, y se están abriendo las zanjas y colocando la tubería para que en este otoño queden alumbradas por aquel combustible las principales calles.

—Durante el segundo trimestre de este año se han ejecutado en la línea férrea de Madrid á Irun las obras siguientes: la seccion de Avila á Búrgos, que tiene una estension de 250 kilómetros, se halla próxima á concluirse, pues en fin de julio solo faltaban 35 kilómetros, en los cuales se ocupaban 4,060 trabajadores con 133 caballerías y 156 carros. Había concluidos 10 puentes y 2 en construccion, 90 alcantarillas, tarjeas y caños en el primer caso, y 8 en el segundo, hallándose balastrados cerca de 24 kilómetros con primera capa y 14 con segunda. No hay túneles que hagan retrasar la explotacion de la línea, y por lo tanto, dentro de breve término debe quedar corriente esta importante seccion que atraviesa el centro de Castilla y ha de poner á Búrgos á pocas horas de Madrid.

—El famoso bandido Quilino, que ha sido apresado en la provincia de Málaga, había sido sentenciado á muerte hacia tiempo en Sevilla por un tribunal militar, pesando además sobre él otras condenas.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

La empresa del coliseo de Jovellanos, que no perdona medio ni sacrificio alguno para corresponder dignamente á sus constantes favorecedores, á pesar de haber cerrado definitivamente las puertas de dicho teatro el domingo anterior, volvió á abrirlas este último, aprovechando la circunstancia de haber regresado del real sitio de san Ildefonso Mme. Ugalde, y volviendo á ejecutar la misma funcion que dicha eminente artista dió para su despedida. Inútil es decir, tratándose de este afortunado coliseo, que todas sus localidades estaban ocupadas, y que la célebre cantante obtuvo igual ovacion, no solo en *El Estreno de una artista*, sino en *El Carnaval de Venecia*, que cantó de un modo delicioso.

Muchos y prolongados aplausos, y una lluvia de

ramos de flores probaron á Mme. Ugalde el placer y la satisfaccion con que había sido escuchada. En el pasillo filosófico-práctico del Sr. Serra, titulado *El Último mono*, fueron también muy aplaudidos los Sres. Salas y Cubero, y la Srta. Zamacois. El numeroso público que asistió á esta funcion casi imprevista, salió en extremo complacido. Como dijimos en nuestro número anterior, en este teatro han empezado ya los ensayos para la temporada próxima, que empezará el 1.º de setiembre.

En el circo de Price han terminado las ruidosas polémicas entre *kenehelistas*, *gaertnistas* é *irmistas*, gracias á las medidas que ha tomado la autoridad para poner á raya el entusiasmo algo exagerado de los partidarios de estas tres amazonas. Durante la semana que acaba de pasar, ha ocurrido á uno de los artistas de dicho Circo una desgracia dolorosa en extremo. Un joven acróbata, llamado Mr. Candler, recién llegado á esta corte para tomar parte en los ejercicios de la compañía, amaneció muerto en el patio de la casa que habitaba en la mañana del miércoles.

Hé aquí los pormenores que acerca de esta desastrosa muerte, ha dado uno de nuestros colegas de la prensa.

«Concluida la funcion del miércoles en el circo ecuestre, el artista se retiró en union de varios de sus compañeros con quienes vivía, á cenar en su casa. Ya de sobre mesa, á las dos de la madrugada, se despidió de ellos, diciendo se iba á acostar, y salió. Fuera del cuarto, y en vez de dirigirse al suyo, hubo de variar de opinion, y sin luz bajó la escalera, no se sabe con qué idea. No contó con los dos ó tres escalones que había al concluir aquella despues de un descansillo, y cayó sobre el pavimento, haciéndose una profunda herida sobre la ceja derecha, que, segun la opinion facultativa, debió causarle una muerte instantánea, y destrozándose parte de las mandíbulas, en cuyo estado se le encontró el jueves por la mañana temprano. A las ocho de la de hoy ha sido conducido al cementerio de los protestantes, por pertenecer á esta secta, costeando el entierro y demas gastos el celoso administrador del Circo Sr. Rubini, que no ha descansado un momento luego que supo la desgracia, suspendiendo la funcion de aquella noche como tributo á la desgracia, de un individuo de la compañía. Candler, afamado gimnasta, solo contaba veintiun años, y como ya hemos dicho, acababa de llegar de Paris para hacer con los hermanos Mariani la suerte, que pudiéramos llamar mortal, de *la escalera á tres*».

En el teatro de la plaza del Rey se ha presentado también otra compañía de acróbatas, que ha inaugurado sus funciones llamando extraordinariamente la atencion del público, por el sin igual arrojó, seguridad y nunca vista precision y destreza con que ha sorprendido á todos los espectadores, en las dificilísimas y arriesgadas suertes que hasta ahora ha ejecutado: aconsejamos, pues, á nuestros lectores que acudan al teatro del Circo, puesto que es imposible dar una idea de ese espectáculo, que es preciso ver para poder admirar como se merece.

Con fecha 4 del corriente nos escriben de Salamanca dándonos los siguientes pormenores sobre

la funcion ejecutada en el gran Liceo Oriental de aquella ciudad, y cuyos productos se destinan al monumento que los salmantinos tratan de erigir al célebre Fr. Luis de Leon. Por nuestra parte, aplaudimos el pensamiento que ha presidido á esta fiesta, y deseamos que haya sido tan fecunda en buenos resultados como su objeto lo merece.

Dice así la comunicacion á que nos referimos:

«El gran Liceo Oriental, centro de la elegante sociedad salmantina, ha ejecutado anoche una brillante funcion extraordinaria á beneficio del monumento que ha de elevarse en esta capital á Fr. Luis de Leon. La magnificencia del salon, la profusion de luces con que estaba adornado y el aroma que despedían los mil ramos que ostentaban las hermosas hijas del Tormes, le daba un realce verdaderamente fantástico. Pero lo que más llamó la atencion y sedujo, fué el decorado que se presentó para cantar un ária é himno á Fr. Luis de Leon, música del señor marqués de Villalcazar y letra del joven poeta Villar y Macias. Salon fantástico del tiempo de la inmortalidad, en su centro la tumba del sabio varon, superada por su busto, aparece la gloria entre ángeles y nubes, y cuando esta le ciñe una corona al busto, aparece la luz de la ciencia derramando claridad por la escena. Entonces la gloria, representada por la Srta. Olimpia, le dedica su plegaria; en verdad supo con acierto y valida de su arrogante voz, interpretar las ricas inspiraciones del señor Marqués de Villalcazar, profundo y entendido compositor: el himno cantado por todos los socios activos fué brillante. Se leyeron composiciones poéticas dedicadas al objeto, de los literatos salmantinos Sres. Villar y Macias, Ortiz, Gallardo y Doncel, y Ordaz, que impresas al efecto, se repartieron por el salon.

Pusose en escena la piececita en un acto *En la cara está la edad*, con bastante buen éxito. Y por último, tuvimos el gusto de oír á doña Matilde Estévan, alumna del conservatorio, en la lindísima ária de la Norma, *Castta diva*. Nada podemos decir de esta simpática niña, cuando la prensa toda de la corte la ha juzgado tan ventajosamente; solo añadiremos que nos honramos sobre manera al considerarla paisana nuestra.

Digno es de alabanza que las sociedades destinan sus trabajos de recreo en bien de elevar al genio y la ciencia, dones inmortales. ¡Loor á los socios del Liceo Oriental!»

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

La Monarchie française au 18^e siècle, par le comte L. de CARNÉ. Un vol. in-8º; Didier.

Los estudios que aparecen reunidos en este volumen, ya publicados en la *Revista de ambos mundos*, completan dignamente el conjunto histórico, cuyo punto de partida y fin insisten en las investigaciones acerca de la unidad francesa y la revolucion. Produce en ellos el autor la política de Luis XIV, del Regente, de Luis XV, en su doble accion delante de la Francia y de la Europa. Mr. de Carné señala con loable y decidida franqueza lo que hubo de grande y quimérico á la par en los planes de Luis XIV, los lamentables efectos de la política interior del Regente, compensados á favor de los felices resultados de su política exterior, y por último, las irreparables faltas de Luis XV. En todas sus páginas exhala la obra un patriótico sentimiento, que acierta á distinguir constantemente el interés del país, salvando las egoistas ambiciones,



BIBLIOGRAFIA ESTRANJERA

oponiéndose con firmeza elocuente á las miras personales de los príncipes. No pueden por menos de aplaudirse semejantes obras, que renuevan la historia de las épocas mas conocidas, al parecer, no solo con el estudio de los documentos originales, si que imbuyéndoles el espíritu contemporáneo.

La Neerlande et la vie hollandaise, par Mr. Al. Esquiros. 2 vol. in-18°; Michel Lévy.

No puede ocultarse el encanto y solidez de es-

tos estudios. Despues de las luchas de Holanda, para extender su territorio, hasta las guerras marítimas, que tendian á mantenerlo; desde las industrias marítimas y agrícolas, manantial de la prosperidad material del país, hasta los antiguos y gloriosos centros de su cultura intelectual y moral, Mr. Esquiros ha sabido no omitir ninguno de los lados interesantes é instructivos de la vida holandesa. Es un conjunto de hechos y miras, que reflejan en sus mas íntimos rasgos la fisonomía de un pueblo, no menos bien dotado para las grandes obras de la industria, que para las nobles

conquistas de la ciencia y el arte. Mr. Esquiros ha sabido tributar digno homenaje á otra cualidad preciosa del genio hâtavo, al respeto de los derechos del espíritu humano, que ha constituido en todo tiempo el honor holandés. Cada página de su libro nos recuerda que el país de los atrevidos marinos y de los industriales enérgicos y sufridos es tambien el de los libres pensadores.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
— editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *El Señor Paincuil*, por Assardon, pág. 515.—*El Castillo de Asmodeo*, por José Pastor de la Roca, pág. 548.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 534.—*Historia de la guerra de la independencia italiana*, pág. 533.—*Biografía de Guillermo Prescott*, pág. 556.—*El Jardinero de los salones*, por Isabeau, pág. 556.—*Crónica estranjera*, pág. 557.—*Crónica española*, pág. 558.—*Revista de teatros*, pág. 559.—*Bibliografía estranjera*, pág. 559.

Advertencia importante.— La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.— Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.